1. A propósito de un centenario: el armisticio de 1918. Los años de entreguerras (1919-1939): la otra literatura

MIGUEL ÁNGEL VEGA CERNUDA
Grupo de investigación MHISTRAD/TRADEC

La intensidad y gravedad de los hechos que desencadenaron la paz armada, larvada durante decenios, y el estallido de la guerra tuvieron una incidencia nunca vista en la vida de la población europea. La literatura, es decir, el ejercicio de concienciación del mundo exterior por parte del escritor —eso había sido tradicionalmente la creación literaria: pura «mímesis», Auerbach *dixit*— tuvo que reflejar necesariamente la nueva situación de desolación, quiebra y comienzo al que dio lugar la Guerra y sus consecuencias. Apenas superado el naturalismo, y tras una efímera prevalencia del impresionismo, dos tendencias se habían impuesto en la actividad literaria: la vanguardia y el experimentalismo y un realismo —que en cierto momento se caracterizó como neo-objetivismo— de nuevo cuño en el que predominaba lo vivencial, lo autobiográfico y lo testimonial. Abierta o encubierta, y aunque pareciera paradójico, la primera persona literaria, la del autor, reivindicaba de nuevo su espacio a la hora de la «representación literaria».

1.1. Así que pasaron cien años: más memoria histórica (crítica) que nunca

Au dessus de la melée, es decir, cien años después de la Gran Guerra, la opinión social sobre aquel terrible episodio en la historia de la humanidad va ganando en clarividencia y profundidad. Se siguen estudiando y documentando las causas y los efectos de aquel gran desastre que, sin embargo, no fue más que el preludio de otro mayor y, esperemos, definitivo conflicto mundial. Se escriben monografías, se publican dosieres, se reeditan novelas de la época, se recuperan las correspondencias de los soldados, se estudian las condiciones de los campos de prisioneros, se organizan exposiciones y espectáculos, y en las pantallas, la pequeña y la grande, se presentan, a través de la imagen, los horrores de destrucción y las masacres a las que dio lugar y se replantean nuevas tesis sobre su desenlace[1]. En Alemania se revisa de nuevo la leyenda del *Dolchstoss* («puñalada por la espalda») y en Francia se repasan las magnitudes y cifras de la Gran Guerra (diez millones de muertos, setenta y tres millones de movilizados, tres millones de viudas, ciento ochenta millardos de dólares de coste…); se señalan los días más cruentos de la

1 Ver, por ejemplo, Holger Afflerbach, *Auf Messers Schneide. Wie das Deutsche Reich den Ersten Weltkrieg verlor* («En el filo de la navaja. Cómo el imperio alemán perdió la guerra»). C.H. Beck Verlag, München, 2018.

guerra[2]; se recuerdan los dos últimos *poilus* supervivientes… fallecidos (a los 104 años); se menciona el número de desertores y rebeldes ajusticiados (mil ocho, ochenta de ellos sin juicio, en Francia —argumento precisamente de *Senderos de gloria*, la impactante obra de H. Cobb/Kubrik, que no abundaba en lo efectista—); los medios rehacen viejas tomas cinematográficas de las trincheras y las presentan al público como material de evocación reflexiva[3] con ocasión del fin o, mejor, «salida paulatina»[4] de la guerra… Incluso, en una época en la que prevalece un cierto gusto por lo que se podría llamar «literatura secuencial», se escriben, con el cúmulo de documentación del que se dispone, novelas-río que, especie de *non-fiction-novel —avant la lettre—* por supuesto, tienen como objetivo concienciar de la presencia en nuestro pasado próximo de aquel terrible episodio que debería ser inolvidable y, en el sentido literal de la palabra, inimitable: en *1914-1918 L' integral* (Perrin, 2018), el historiador francés Jean-Yves Le Naour presenta una historia novelada de todo el decurso de la guerra. Las casi mil seiscientas páginas de la obra están divididas con una cronología anual que se caracteriza de manera certera: 1914 se pone bajo el epígrafe *La grande illusion*; 1915 se percibe como *L' enlisement* (el estancamiento); 1916 como *L' enfer;* el año siguiente, como *La paix imposible;* finalmente, 1918 es *l' etrange victoire.*

También en un sentido de esclarecimiento de la época, el Museo del Ejército Francés organizaba en su sede de París por las fechas finales de 2018 una exposición (*A l' est la guerre sans fin, 1918-1923*) que precisamente tematizaba la continuación de la guerra tras el armisticio. El paratexto de presentación hablaba de «reconfiguración» de Europa, y afirmaba la *méconnaisance* que sufre la época a partir de 1918 y que se calificaba de «guerra sin fin»:

> Cien años después del armisticio y gracias a más de 250 obras provenientes de quince países y a menudo inéditos o excepcionales (originales de los tratados, el clarín que dio la señal para el armisticio, mapas y películas de archivos), la exposición «En el Este una guerra sin fin» nos propone redescubrir este período mal conocido y comprender cómo Europa se reconfiguró después de la Primera guerra mundial.[5]

También en Italia, que parcialmente consiguió satisfacer sus ansias irredentistas —en parte a costa de no respetar la hora de cese del fuego convenido y fijado en el armisticio de Villa Giusti, en Padua, el 3 de noviembre[6]—, la celebración centenaria ha provocado un gran eco y mantiene una red de información social

2 Así, por ejemplo, se destaca que solo en un día de principios de la guerra, el día 22 de agosto de 1914, cayeron veintisiete mil soldados franceses. La jornada más cruenta del conflicto.

3 La televisión británica presenta, desde noviembre de 2018, un visual a base de *film footages* de antaño que, bajo la dirección de Peter Jackson, rememora que un *global conflict chaged the course of history*. Con el objeto, por supuesto de hacer la historia *vividly alive* —así reza la propaganda del film—, las secuencias se han coloreado y se han pasado a 3D, dado que «ellos no vivieron en un mundo mudo y en blanco y negro». El título del visual, tomado de un poema de R. L Binyon («For the Fallen»), demuestra la impresionante perspectiva que se propone para las imágenes: *They shall not grow old* (no llegarán a viejos).

4 Tal es el término que propone la nueva percepción histórica de las fechas, ya que de 1919 a 1923 se contabilizaron veintiún conflictos bélicos. Ver S. Audouin-Rouzeau, C. Prochasson, *Sortir de la grande guerre. Le monde et l' apres-1918*. Taillandier, 2008.

5 100 ans après l' armistice et grâce à plus de 250 œuvres issues de 15 pays, souvent inédites ou exceptionnelles (originaux des traités, le clairon qui sonna l'armistice, cartes et films d'archives…), l'exposition *A l'Est, la guerre sans fin. 1918-1923* propose de redécouvrir cette période méconnue et de comprendre comment l'Europe s'est recomposée après la Première Guerre mondiale.

6 Con la excusa de que el comunicado del cese el fuego no habría llegado a tiempo a las trincheras italianas, las tropas de Díaz siguieron atacando durante un día a las austro-húngaras, que habían depuesto las armas en cumplimiento de lo acordado. Miles de soldados austríacos fueron hechos prisioneros y zonas irredentas fueron reconquistadas de manera trapacera por el ejército italiano.

importante sobre tal episodio histórico. Una obra de divulgación (A. Gibelli: *1914, La guerra grande. Storie di gente comune*) recoge una cincuentena de obras aparecidas en los últimos treinta años sobre diversos aspectos del conflicto: la mujer, epistolarios, memorias, manicomios de guerra, etc.). La publicación digital italiana, *Storia in Network*, presentaba sus consideraciones sobre el centenario con un título, sugerente y en todo caso evocador del film de Renoir (1918, *La grande illusione dopo la grande guerra)*, que recalcaba una idea universalmente expresada: la de la paz fallida.

> En noviembre de 1918 se anunció el armisticio y el fin de la guerra mundial. Se nutrieron esperanzas de una paz duradera que evitase la repetición de una tragedia de grandes proporciones. Pero en aquel conflicto y en aquella paz se esconde la matriz del destino europeo del siglo XX.[7]

La *grande illusione* inicial fue en efecto una ilusión fallida. Precisamente, un historiador francés ha titulado su contribución al tema en este sentido: *La grande illusion. Quand la France perdait la paix. 1914-1920*. (G. H. Soutou, 2015). Aquella paz no evitó nuevas guerras y desde ese punto de vista, 1918 supuso continuidad, si bien también provocó, no se pueden negar, unos cambios que harían legítimo hablar de un nuevo comienzo.

En efecto, cuando se cumplen los cien años del fin de la Guerra, del armisticio de Compiègne y del Tratado de Versailles, se recuerda y se revisa la carga histórica que las fechas centenarias portan. Un colaborador del dosier de *Figaro Magazine* (Kirill Hoffmann: 18 de noviembre del 2018) constata el impacto social que el centenario ha tenido:

> Jamás la Gran Guerra ha estado tan presente. Durante los cuatro años de conmemoraciones de este centenario, entre agosto de 2014 y noviembre de 2018, Francia ha vivido a ritmo desenfrenado reconstrucciones, exposiciones y publicaciones las más diversas […] En la televisión, en las redes sociales, en los museos, todo se ha dicho y redicho, resaltando cada uno tal o cual aspecto de las batallas y de la sociedad de la época en función de las creencias de hoy en día, de sus opiniones políticas o de su visión del mundo.[8]

Un análisis de la bibliografía que el centenario ha producido constata que está en marcha un proceso de revisión crítica de un armisticio que en realidad solo supuso una «salida interminable de la Guerra», es decir, su continuidad. Semejante revisionismo va produciendo un rosario de frases lapidarias que intentan una percepción *aggiornata* de los hechos de 1918: *la paix perdue, rien ne será plus comme avant, naissance d' un monde nouveau, überforderter Frieden, die langen Schatten von 1918, die Entmachtung eines Kontinents, un nouvel âge de la violence*… son

7 Nel novembre 1918 viene annunciato l'armistizio e la fine della Prima guerra mondiale. Si nutrono speranze per una pace duratura che eviti il ripetersi di una tragedia di così vaste proporzioni. Ma in quell' conflitto e in quella pace si nasconde la matrice del destino europeo del XX secolo.

8 Jamais la grande guerre n' a eté aussi presente. Pendant les quatre années de commemorations de ce centieme anniversaire, entre août 2014 et noviembre 2018, la France a vécut au rythme effréné des reconstitutions, des expositions et des publications les plus diverses… a la télévisión, sur les reseaux sociaux, dans les musées, tout a été dit et redit, chacun mettant en avant tel ou tel aspect des batailles et de la société de l´époque, en fontions de ses croyances d' aujour d'hui, des ses opinions politiques ou de sa visión du monde. (Kyril Hoffstein).

percepciones que, desde el punto de vista de la caracterización de la época, acierten en lo esencial.

1.2. Una percepción más crítica: Armisticios y tratados sin paz

De entrada cabe afirmar que de 1918 acá la opinión histórica se va decantando por un juicio más bien negativo de aquellos actos que pusieron fin al conflicto y que en su momento obviamente provocaron gran satisfacción social y política. *Die* ZEIT *Geschichte*, publicación alemana de divulgación histórica que se nutre de colaboradores expertos en la materia, titulaba su dosier de enero de 2019: *1919 Der Vertrag von Versailles und warum er keinen Frieden brachte*. (El tratado de Versalles: ¿por qué no trajo la paz?). Una monografía italiana de los años setenta (Isnenghi: 1970) se reedita de nuevo y el autor debe confesar: «por lo que respecta a este libro, desde 1970, fecha de la aparición de la primera edición, han cambiado la visión de la guerra en general y de la primera guerra en particular, el editor…[9]» Un reciente y ejemplar estudio de la historiadora canadiense Margaret MacMillan (2001, p. 21[10]) afirma ya en sus primeras páginas el estado de confusión y desorden en el que se firmaron tanto los armisticios como los tratados:

> Desde el primer momento, la conferencia de paz estuvo bajo el signo de la confusión en lo tocante a su organización, su objetivo y su desarrollo […] Para gran irritación de los alemanes, y despreciando los usos diplomáticos, se ordenó a los representantes alemanes presentarse en Alemania para que recibieran y aceptaran el tratado en su versión definitiva.

Pero no fue solo confusión lo que reinó en esos días. El armisticio franco—alemán del 11 de noviembre de 1918, precedido de los sucesivos ceses del fuego[11] firmados separadamente por las diversas naciones del bando «central» y algunas de las «potencias aliadas» (Austria-Hungría, Bulgaria, Turquía o Rumanía) entre finales de octubre y principios de noviembre de 1918, supuso la más lamentable aplicación de aquella célebre exclamación amenazadora convertida en principio de actuación bélica… y política, pronunciada precisamente por un caudillo del pueblo precursor del vencedor de la Gran Guerra. El galo Benno y su fórmula *vae victis*, emitida en el 390 a. C. —tiempos en los que Europa todavía estaba muy lejos de los pacifistas ideales de los que haría alarde la Ilustración[12]— tuvieron su réplica en 1918 en la persona y personalidad del mariscal Ferdinand Foch y en su intransigente actitud «negociadora». En efecto, en el vagón de ferrocarril varado en un claro del bosque de Compiègne se obligó a los delegados alemanes,

9 Per quel che riguarda questo libro, dal 1970 — data d' uscita della prima edizione — sono cambiati la visione (Della guerra in generale e della prima guerra mondiale in particolare) […].

10 Citamos según la versión alemana: *Die Friedensmacher*. Berlín, Ullstein, 2001. Traducción propia.

11 Aunque el cese el fuego más decisivo fue el que, firmado el 11 de noviembre, afectó a las hostilidades en el frente occidental, aquel en el que escritor alemán E. M. Remarque constataba la carencia de novedad (*Im Westen nichts Neues*, titulaba su novela), en el frente meridional, el de Italia, y en el del este, se habían depuesto las armas por parte de los vencidos de uno y otro bando con anterioridad: Rusia y Rumanía en diciembre de 1917, Bulgaria en septiembre de 1918, Turquía en octubre del mismo año y Austria-Hungría a principios de noviembre.

12 En la Ilustración, el concepto *ewiger Friede*, «paz perpetua», se había convertido en imagen desiderativa de un siglo, el XVIII, que, a pesar de sus idearios razonables y racionalistas, fue uno de los más ricos en largos y cruentos conflictos bélicos.

Erzberger, Winterfeld y Oberndorf, a los que ni siquiera se dio la más mínima muestra de cortesía formal, a aceptar unas condiciones que fijarían —a pesar de los bienintencionados, y de momento utópicos, «14 puntos de Wilson»— las intransigentes pautas del posterior Tratado de Versalles. Llegados en automóvil al «campamento» francés, a los delegados alemanes se les obligó a permanecer de pie mientras se les leían unas draconianas condiciones de cese el fuego que no admitían contestación. Previamente se les había negado el protocolario apretón de manos. El armisticio de 1918 en Compiègne, que oficialmente ponía fin a una Guerra de cuatro años, fijado, firmado y sellado en las pocas horas que van desde el 8 de noviembre a las 06.00 horas del día 11, fue el triunfo del espíritu de revancha, revancha[13] que, al tiempo que cerraba esa época que la historiografía ha llamado «edad de los imperialismos» o «la paz armada» y de la que se salía a costa de millones de muertos, abriría una nefasto período de violencias al que se podría aplicar el término acuñado por Spengler «ocaso de Occidente». Cesarismos, nacionalismos y totalitarismos y otros íncubos socio-políticos fueron las consecuencias de una paz que primó el derecho «adquirido» del vencedor por encima de los derechos naturales, inalienables, del vencido. Con ello se abriría una época que culminaría veinte años más tarde o, si se quiere, en 1945 en Potsdam o en Hiroshima. Que esto fue así lo demuestra el hecho de que en las distintas contiendas —abiertas o sin declarar— de la época que siguió, la de entreguerras, se superara con creces el número de víctimas producidas por la Gran Guerra. Fueron veintiuno los conflictos que perduraron o estallaron tras el Armisticio. Solo la guerra civil rusa entre blancos y rojos (1917-1923), en sus diversos frentes, produjo casi tres millones de bajas. La época de entreguerras supuso la sanción definitiva de la violencia a la que había dado origen o principio la ruptura de las hostilidades en agosto de 1914. O si se quiere, el asesinato de Sarajevo. Pareció como si se hubiera querido dar razón al aforismo polemológico de Kafka: *Im Frieden kommst Du nicht vorwärts, im Krieg verblutest Du*. (En la paz no avanzas, en la guerra te desangras[14]). Naturalmente se pretendía el progreso a costa de desangrarse.

Que bajo los armisticios que se firmaban hace cien años no existía un auténtico afán de humanización de las relaciones internaciones lo prueba el hecho de que incluso en el último día de la contienda, cuando ya se había firmado y fijado el cese del fuego en el Oeste, se produjeran, en un intento de ganar posiciones vencedoras, 10.000 bajas, es decir, muertes, mayormente por parte aliada[15]. Hasta el último minuto de las 10.00 horas, hasta las 10.59 del día 11 de noviembre, estuvieron cayendo soldados aliados que eran lanzados contra las líneas alemanas del frente belga, a pesar de que sus mandos eran totalmente conscientes de que, a partir de las 11.00 horas, podrían haber ocupado esos territorios de manera pacífica. Y el hecho de que 21 años después, también en el bosque de Compiègne y en el mismo vagón de ferrocarril, se firmara otro armisticio, esta vez con inversión de

13 Tanto en la historiografía como en la opinión social de la época se percibió que, además del pretendido hegemonismo alemán, la competitividad británica frente a Alemania, el afán revanchista de Francia, el expansionismo ruso y el irredentismo italiano fueron las causas determinantes de la guerra. La percepción de ese espíritu de revancha, exacerbado en el Armisticio y en el Tratado, fue lo que determinó que, por hastío de las trapacerías de los vencedores, el economista Keynes, presente en Versalles, abandonase París antes de la firma del Tratado. Más tarde, advirtió (en *Consecuencias económicas de la Guerra*, 1919) que el deseo de humillar a Alemania había presidido las negociaciones.

14 Apunte en su *Diario* de 21 de septiembre de 1917.

15 Así, por ejemplo, a las 10.58 del 11 de noviembre caía el último soldado francés en el frente de Bélgica, alcanzado quizás por «fuego amigo». Un minuto más tarde caía un soldado americano.

actantes, demuestra que el de 1918, que desde hace un siglo se viene celebrando jubilosamente en los Campos Elíseos de París, se cerró en falso y no fue más que el parto de una nueva pero funesta época que culminó en el Berlín de 1945.



Firma del segundo armisticio en Compiègne, 1940.

1.3. Los contextos: 1918, ¿nacimiento de un mundo nuevo? (In)corrección de una percepción histórica

Al tratar el Armisticio y el subsiguiente Tratado de Versalles es frecuente conectarlos con la idea de un fin de época y de inicio de un mundo nuevo. Quien en 2018 paseara por París, habrá podido advertir el anuncio de un espectáculo de nuevo cuño que, bajo el epígrafe *La nuit aux invalides,* anunciaba un evento en los Inválidos de título significativo: *1918: la naissance d'un monde nouveau.*



2018 Publicidad de un espectáculo parisino sobre «1918: nacimiento de un mundo nuevo».

Por su parte, el número extraordinario de verano de la revista de divulgación histórica francesa *L´Histoire*, aparecía con un título de calado: *1918. Comment la Guerre nous a changés.* En este mismo sentido, el Instituto de Historia Moderna y Contemporánea de la Sorbona programaba por esas fechas un curso sobre la época a la que daba inicio el armisticio: *1918, un monde en révolutions*. En la parte

alemana, otra revista, *Ost-West (*OWEP) aparecía con un artículo con el siguiente título: *1918, Eine Welt im Umbruch* (Un mundo en quiebra) donde se inculcaba la misma idea: *das Jahr 1918 war eine Zeitenwende* (1918 fue un punto de inflexión epocal). Son todos formulados que aluden a la percepción de la fecha como la de un borrón y cuenta nueva.

Pero el mundo surgido de 1918, ¿fue realmente nuevo? Es obvio que la auténtica novedad, la novedad radical, habría sido la de la renuncia definitiva a las armas, tal y como había propuesto la escritora austriaca Berta von Suttner al poner como título de la novela que le hizo acreedora del premio nobel un lema pacifista: «Abajo las armas» (*Die Waffen nieder*). Los célebres catorce puntos del presidente americano Woodrow Wilson, rector que había sido de la universidad de Princeton, no pretendían otra cosa: lograr una paz duradera. Pero que el presidente Wilson no era un experto en polemología, es decir, en el arte de la paz, lo demuestra el hecho de que un punto neurálgico de sus propuestas fuera la reducción de armas, disposición que, sin embargo, solo se materializó en la confiscación de las alemanas, que fueron entregadas mayormente a Francia.[16]

El mundo que en 1918 nacía, nacía ya viejo. Todavía hoy, como antes de 1914, siguen subsistiendo suspicacias y rescoldos de hostilidad y resentimiento nacionalista, como lo manifiesta el paratexto que publicitaba el show parisino antes mencionado que, a pesar de calificar la fecha de *l 'un des épisodes fondateurs du monde moderne,* lo parafraseaba, con énfasis belicista, de la siguiente manera:

> El *shock* de la guerra: Déjense empapar por la emoción siguiendo el asalto de nuestros *poilus* en el infierno de las trincheras. Vibren con la evocación de la promoción del 14 de la Academia militar de Saint-Cyr [...], sigan las peripecias de un conflicto que engendró el siglo XX[17].

Indiscutiblemente, el Armisticio supuso el comienzo de una nueva época y produjo un estado de cosas radicalmente distinto: La desaparición y derrumbamiento de lo que Stefan Zweig llamaría «el mundo de ayer», *die Welt von gestern,* no solo político, sino también, y por encima de todo, social y cultural. No en vano sonaba por entonces el mencionado término «ocaso de Occidente» (*der Untergang des Abendlandes),* formulado ese mismo año de 1918 por el pensador muniqués O. Spengler, un ocaso en cuyo lento proceso quizás todavía estemos sumidos. Recientemente, un diario italiano advertía monitoriamente, con ocasión de una intervención de Ernesto Galli della Loggia, de la vigencia del término: *Spengler bussa alla porta. Suona attuale non solo in Europa la profezia del 'Tramonto del Occidente'*.[18]

El «mundo de ayer» que caía, el Occidente que «tramontaba» comprendía desde los cuadros políticos característicos de la «paz armada» (los imperios centrales y la Rusia zarista) al mundo de seguridad política y social que había permitido la dialéctica entre clases sin impedir su progreso. En las primeras páginas

16 En el plazo de diecisiete días, por ejemplo, Alemania debía entregar 5.000 cañones, 25.000 ametralladoras y 1.700 aviones. Esas condiciones de entrega inmediata de «bienes de equipamiento militar» afectaban también a aspectos no estrictamente bélicos, es decir, «bienes de equipo», como, por ejemplo, el ferroviario. Alemania debía entregar 5.000 locomotoras y varios miles de camiones. Sin contar los millares de reses, por supuesto, que Alemania tuvo que transportar a los campos y mataderos franceses.
17 Le choc de la guerre. Laissez-vous empoigner par l'émotion, en suivant l'assaut de nos poilus, dans l'enfer des tranchées. Vibrez à l'évocation des Saint Cyriens du serment de 14…, suivez les péripéties d'un conflit qui engendra le vingtième siècle!
18 *Corriere de la Sera*, venerdí 16 novembre 1918, p. 44.

de su ensayo testamentario, Zweig describía aquel mundo «feliz» desaparecido en la Guerra:

> Mi padre, mi abuelo, ¿qué habían visto? Ellos vivían cada uno su vida en uniformidad. Era una única vida del principio al fin, sin ascenso ni caída, sin conmoción ni peligro, una vida con pequeñas tensiones, transiciones imperceptibles, siempre al mismo ritmo, tranquilo y silencioso; la ola del tiempo los llevaba desde la cuna hasta la tumba. Vivían en el mismo país, en la misma ciudad y casi siempre en la misma casa; lo que sucedía en el mundo, tenía lugar solo en los periódicos y no llamaba a sus puertas.[19]

En efecto, a partir del 14, lo que sucedía en el mundo había empezado a llamar a la puerta de los europeos en forma de información sobre los caídos en el frente, en forma de cartas de condolencia a padres y esposas, en forma de despido laboral, en forma de depreciación del dinero o en forma de carestía de la vida. En una dinámica de realimentación, el suceso que llamaba a las puertas del ciudadano —o, quizás, todavía, súbdito— era potenciado por este en forma de movilizaciones generales, de atentados terroristas, de marchas antigubernamentales, de sublevaciones contra un régimen injusto o de rebelión de la masa que aplastaba al individuo. El periódico del que hablaba S. Zweig y en el que antaño tenían lugar los sucesos del mundo fue perdiendo un protagonismo que paulatinamente fue ganando el individuo. Este se congregaba en grupos, en masas —formaciones paramilitares, público deportivo, manifestación sindical, etc.— y se constituía en sujeto activo de la historia. A partir de ahora los sucesos no llamaban a su puerta. Era él quien los provocaba.

Y esta fue una percepción inmediata de la población. Una publicación reciente, *Guerra y trementina,* sacaba a la luz, póstumamente, el diario de un soldado belga metido a escritor que expresaba esa sensación de fin de época sentida ya a la semana del inicio de las hostilidades —y tras una inútil resistencia contra la máquina de guerra germana que había cogido por sorpresa a la pequeña nación cisrenana—:

> Me pareció que había pasado una eternidad desde entonces [una semana antes], como si aquel recuerdo formara parte de un mundo que habíamos perdido para siempre en cuestión de días.[20]

Un mundo caía, sí, y nuevas formas de convivencia, al impulso de la contienda y de sus consecuencias, se iban imponiendo en la sociedad europea. Con razón se ha hablado del «desempoderamiento» del Continente Europeo (*Entmachtung eines Kontinents*[21]*),* pero con referencia a los enfrentamientos políticos —más exactamente cabría decir con referencia a la «política de enfrentamientos»— se ha utilizado muy acertadamente el término «brutalización» para expresar el proceso

19 Mein Vater, mein Großvater, was haben sie gesehen? Sie lebten jeder ihr Leben in der Einform. Ein einziges Leben vom Anfang bis zum Ende, ohne Aufstiege, ohne Stürze, ohne Erschütterung und Gefahr, ein Leben mit kleinen Spannungen, unmerklichen Übergängen; in gleichem Rhythmus, gemächlich und still, trug sie die Welle der Zeit von der Wiege bis zum Grabe. Sie lebten im selben Land, in derselben Stadt und fast immer sogar im selben Haus; was außen in der Welt geschah, ereignete sich eigentlich nur in der Zeitung und pochte nicht an ihre Zimmertür.

20 Hertmans, Stefan: *Guerra y trementina.* Anagrama, 2018, p. 196.

21 La publicación alemana dedicada a la historia nacional, *Deutsche Geschichte*, 4/2018, en un número especial conmemorativo del centenario, titulaba el dossier: 1918 *Ein Kontinent wird entmachtet* (1918 o el desempoderamiento de un continente).

que experimenta el alma europea. George Mosse en su obra *De la grande guerre au totalitarisme*, 1990, ha acuñado este término que se usa ya en la crítica histórica de la época. De este concepto, de gran valor exegético, se ha escrito:

> El concepto de «brutalización» de los combatientes y de las sociedades de posguerra sigue siendo uno de los hallazgos heurísticos que más fortuna ha logrado entre los historiadores dedicados al estudio de la conflictividad política en el período de entreguerras.[22]

A esa brutalización general de la sociedad contribuyeron con frecuencia y de manera decisiva los residuos resultantes de la desintegración de los ejércitos nacionales[23], muchas veces constituidas en fuerzas paramilitares de partidos políticos: soldados que habían perdido contacto con sus unidades, desertores, prisioneros huidos de los campos, oficiales renuentes al cese el fuego y otros que, sin perspectivas en la vida civil, optaron por continuar su modo de vida bélico, si bien al margen de un organigrama que impusiera normas de actuación y comportamiento. Las guerrillas, las partidas y organizaciones paramilitares se adueñaron de territorios allí donde el aparato de la sociedad civil fallaba. Solo en la guerra civil rusa, en el bando antibolchevique militaron una treintena de corporaciones armadas sobre las que la autoridad del general Kolchak, máximo responsable de los denominados «blancos», poca influencia podía tener. A ello vinieron a sumarse las fuerzas paramilitares de los partidos: *fascii di combatimento, arditi del popolo, formazioni di difesa del popolo, squadre comuniste d´azione, Stahlhelme, Heimwehr, Schutzbund, Sturmabteilung, Rotfrontkämkfer,* IRA *o Irish Republican Army*, etc. Mayormente se trataba de soldados a los que la guerra había hecho guerreros. Pero también había desencantados que, tras la desmovilización y el retorno a casa, vieron en el «activismo» político-militar una salida a su situación sin perspectivas. En esa dinámica de brutalización y violencia se asaltó el palacio de invierno, se asesinó a la familia imperial rusa, se proclamó la republica alemana (Scheidemann y los espartaquistas), se declaró la república soviética bávara (por obra y gracia de un pintoresco y peligroso profesor de filología metido a revolucionario: Kurt Eisner) o se dio el *putsch* de Hitler en el Múnich revuelto del 23. A mayor abundamiento cabe decir que el posterior jefe del campo de exterminio de Ausschwitz, R. Höss, según confesión propia ante el tribunal de crímenes de guerra, habría bebido ese ambiente de violencia que impuso en el campo en sus años jóvenes como miembro de una banda (no de música) militar alemana en el Báltico.

Un repaso a la historia de las naciones europeas resultantes de la denominada paz confirma la penetración social de esta brutalización, que ha justificado el que con referencia a la posguerra o, si se quiere, entreguerras se haya hablado de un *nouvelle âge de la violence*, de la que la guerra civil española no fue más que un episodio destacado.

A este respecto, Italia, que había salido victoriosa de la guerra, fungió de líder, al dar, con la marcha sobre Roma, el pistoletazo de salida para una brutalización institucionalizada, una brutalización que instauró un nuevo régimen, el fascismo,

22 González Calleja, Eduardo, «Brutalización de La Política y Canalización de La Violencia en La España de Entreguerras», en Navajas Zubeldía/Iturriaga Barco, *Crisis, dictaduras, democracia.* La Rioja, 2008, pág. 26.
23 Joseph Roth en su *La cripta de los capuchinos* dejó testimonio escrito de esta situación. Más abajo aducimos texto.

que, alimentado por el éxito bélico, fue fomentado ideológicamente por un G. d' Annunzio (méritos literarios aparte, funesta figura de la historia italiana), un Ezra Pound, italiano de adopción, un C. Malaparte o un G. Gentile y que, a base de *arditismo* y *squadrismo*, enfrentó a los unos contra los otros y contra todos. Y no es que Italia fuera al respecto ni la primera ni la más significada. La revolución rusa no tenía parangón *in puncto* violencia. La revolución fascista fue de momento la más popular y exitosa. J. G. Pecharroman (1997, p. 9) constataba ya hace años la fuerza del ejemplo italiano, al tiempo que sus métodos violentos:

> El triunfo del fascismo en Italia, en fecha tan temprana como 1922, lanzó a los restantes grupos nacionalistas a la conquista del poder mediante una combinación de métodos legales y de actividad subversiva que compartirían con los comunistas.

Es verdad que en cuestión de método de gobernanza, tampoco las democracias del momento andaban (ni andan) mucho mejor. En todo caso, el ambiente social de la Italia posbélica era de violencia. D' Annunzio, años después de la guerra, caldeaba los ambientes al escribir, sobre sus hazañas en el Adriático, con añoranza… y quizás odio:

> Le debo, en la época de la más dura guerra, horas altísimas de paz perfecta […] Habíamos retomado las armas después del armisticio injusto. Solo con la flor de los combatientes, había expulsado de la ciudad de Carnaro la rapiña de los serbios y la insolencia de los aliados. Era necesario testimoniar con las heridas, las muertes y las ruinas que la nueva Italia rechazaba para siempre toda conciliación y toda contaminación.[24]

Apoyados en unos movimientos estéticos que confundían la velocidad, si no con el tocino, sí con el arte —el futurismo, por ejemplo—, los cuadros de combate no paraban mientes ante el golpe de mano, la paliza disuasoria o el ricino, convirtiendo estos procedimientos en forma de convivencia social. La ocupación, por ejemplo, de Trieste, habsbúrgica desde el siglo XIV, y la subsiguiente italianización se llevaron a cabo gracias a la decidida actuación de cuadros de combate que no se arredraron ni ante la iglesia (al obispo esloveno fue obligado a dimitir) y pronto la emprendieron con la población eslava. El fascio italiano logró su éxito basado en la acción drástica de los *fascii di combatimento*, o *camisse nere,* que tenían enfrente a los *arditi del popolo* comunistas desde 1922.

> En pocos meses, el movimiento fascista creció con la rapidez de una avalancha. En 1919 contaba 17.000 miembros, en noviembre de 1921 contaba 310.000. Este éxito era debido […] a la simpatía y, a menudo, a la ayuda que

24 Le debbo, nella pi'u dura guerra, altissime ore di perfetta pace […] Avevamo ripresso le armi dopo l'armistizio ingiusto. Solo col fiore dei combatenti, avevo cacciato dalla città del Carnaro la ladrerìa dei Serbi, e l'insolenza degli Alleati […] Era necessario testimoniare, con le ferite con le morti con le rovine, che l' Italia nuova respingeva per sempre ogni conciliazione e ogni contaminazione. D' Annunzio, Gabriele, «Annotazione». En *Notturno. Prose scelte.* Newton. Roma 1995.p. 245.

la autoridad gobernativa de la periferia prestaba a los escuadristas, a pesar de la ilegalidad de sus acciones.[25]

Por lo demás, la alta política italiana era un hato de corruptelas que inicialmente tuvo en la mafia una eficaz colaboradora, hasta que el Duce decidiera acabar con ella. Por otra parte, en la nada ejemplar colonización italiana de África se actuaba al margen de las convenciones humanitarias (con el uso del gas mostaza, por ejemplo) y se cocían problemas que han llegado hasta la actualidad. Estados fallidos del presente como Somalia o Libia son testimonio de esta actuación italiana en África. Además se creó en la sociedad italiana un hueco sentido imperialista en la vida social italiana de fatales consecuencia. Pero era una situación nada extraña en un país que de antiguo había venido oyendo loas a la guerra. En la lírica del *Risorgimento* (la de Verdi, por ejemplo) se habían escuchado encendidas soflamas belicistas: la Marie de *La fille du Regiment* donizettiana, libreto francés que pronto tuvo versión italiana, se veía imbuida de un ardor guerrero ejemplar:

Et comme un soldat j'ai du coeur! Au bruit de la guerre j'ai reçu le jour. A tout je préfère le son du tambour. Sans crainte, à la gloire je marche soudain… Patrie et victoire, Voilà mon refrain!

Y *È bella la guerra, evviva la guerra* era el estribillo que inculcaba Preciosilla al público que concurría a *La forza del destino*, y que remataba con una arenga de *arditi*: *Morte ai nemici*. Aunque la ópera se estrenara en San Petersburgo (1862), pronto resonó en los coliseos italianos con harta frecuencia y el público asistente conocía el referente del texto: los ocupantes austríacos.

En la Rusia soviética, mencheviques y bolcheviques, rojos y blancos harían del enfrentamiento físico y de la violencia un estado de sociedad e impusieron la violencia como forma de íntima relación política. Las anteriores masacres de población proletaria e israelita que habían ejercido las autoridades zaristas, continuaron, potenciadas bajo el signo del bolchevismo, al que, por cierto, apoyaría una brigada de intelectuales extranjeros como H. Barbusse, J. Reed, H. Vogeler o, desgraciadamente, M. Hernández[26]. La checa y las purgas serían elementos de cohesión forzada que se llevaban por delante a millones de inocentes a los que se acusaba o bien de falta de entusiasmo por la causa o bien de ir y pensar por libre. En la Gran Purga, la llamada *Bolshaya Chistka*, se imprimió un decidido impulso a la persecución tanto del enemigo como del correligionario indolente, y de 1930 a 1939, el padrecito Stalin ejecutaría a más de 700.000 sospechosos de desviacionismo o tibieza. Y al respecto se podrían mencionar también los que perecieron en los campos labranza y de internamiento del Gulag. El *Holodomor* o hambruna provocada por la colectivización obligada impuesta a los campesinos soviéticos por Stalin pudo causar varios millones de muertos. Y no puede pasarse por alto que fue a través del ejercicio de la más extremada y tiránica brutalidad cómo la URSS incorporó a

25 In pochi messi il movimiento fascista si accrebbe con la rapidità di una valanga. Nel 1919 contava 17.000 aderenti, nel noviembre del 1921 ne contaba 310.000. Questo sucesso era dovuto […] alla simpatia e, spesso, all'aiuto che l'autorità governative periferihe prestavano agli squadristi, malgrado l'illegalità delle loro azioni. Carocci, G., *Storia del fascismo*. Tascabili Newton, 1996. pág.19.

26 Mal que R. Alberti cayera en esa stalinolatría propia de muchos intelectuales (¡¿) «clarividentes» (también P. Neruda), aunque su fanatismo podría, si no disculparle, sí hacer que se le comprendiera (que no entenderle), pero que también lo hiciera M. Hernández, beata naturaleza poética, resulta especialmente triste y paradójico. De vuelta de su viaje por la URSS, el poeta oriolano, cuya clarividencia política al parecer quedaba muy por debajo de su calidad poética, no escatimó alabanzas al modelo de sociedad estalinista: en su «Canto a la Unión Soviética» elogiaba al sátrapa georgiano que la dirigía: «ah, compañero Stalin, de un pueblo de mendigos has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente».

su égida los numerosos pueblos que constituyeron el más bestial imperio jamás visto. A. Solshenitzin, en *Un día en la vida de Iván Denisovich (1962)* o *Archipiélago Gulag* (1973) haría, años después pero retrospectivamente, una perfecta radiografía del estado de violencia en el que vivió y se vivía bajo el régimen soviético. B. Pasternak dio prueba de que la supervivencia, *malgré tout*, seguía siendo posible, aunque difícil. Por eso, el protagonista de su obra, en Varikino, retiro de Zhivago en la estepa, ansiaba la utopía, imposible casi, de la vida geórgica:

> ¡Qué felicidad trabajar para uno mismo y para la familia desde la mañana a la noche, construirse una casa, cultivar la tierra para alimentarnos, hacernos nuestro propio mundo, como Robinson imitando al Creador en la creación del universo, renovarnos, renacer continuamente, imitando a la madre que nos dio a luz!
>
> No predico la sencillez y el retorno a la tierra tolstoianos, no tengo la intención de aportar una corrección al socialismo por lo que concierne a la cuestión agraria… hemos sido afortunados. Tuvimos un otoño tibio y seco, hemos conseguido recolectar patatas antes de que llegaran las lluvias y el frío.[27]

En la Francia vencedora, gracias a la ayuda americana, G. Clemenceau mantenía el rescoldo del revanchismo anti-alemán y lograba imponer unas indemnizaciones astronómicas a la nación vencida, gracias a las cuales la sociedad francesa debería capear la recesión posbélica mientras hundía en la miseria a los vencidos, cosa que, por cierto, estos también habrían hecho en caso de haber resultado vencedores. Además imponía a Alemania, a pesar del irenismo de algunos prohombres franceses (R. Rolland, por ejemplo), la culpabilidad absoluta de la guerra, juicio que, recogido en uno de los artículos de Versalles, no dejaba de ser harto discutible y que en todo caso resultaba una brutalidad en sus consecuencias: las mencionadas indemnizaciones astronómicas impuestas a Alemania.[28]

La integración de los desmovilizados y de los heridos y lisiados, los *gueules cassées* sobre todo, fue una problema añadido pero fundamental, aunque, por supuesto, no exclusivo de Francia. No en vano se afirma la dificultad que supuso la «*sortie de la guerre*». El imperialismo republicano —valga la paradoja— de Francia, un colonialismo que derivaba del II Imperio y que había continuado bajo la III República prebélica, siguió su curso ascendente al verse recompensada por los vencedores con las antiguas posesiones alemanas de Togo y Camerún, así como con Líbano y Siria, nación esta última que constituye una fatal herencia del proceso de colonización/descolonización hasta el siglo XXI. Por lo demás, la inestabilidad (veintiún gobiernos en diez años) y la corrupción políticas, que había vivido solapada durante años y que estalló en el caso Stavinsky, y los disturbios de febrero de 1934 provocaron una polarización de la vida pública entre el partido socialista y la Acción Nacional. Y el caso Landru, exitoso Barba Azul prebélico descubierto

27 Pasternak, B., *Doctor Zhivago.* Barcelona Anagrama, 1997, 323 y ss.
28 Ya antes de la guerra se había achacado a este país un militarismo a ultranza que, en todo caso, no era muy distinto del vigente en otras naciones. D.H. Lawrence, en *The Prussian Officer* (1914) por ejemplo, proponía un caso de psicopatía sexual sobre un fondo de militarismo prusiano.

tras el armisticio, ponía al descubierto la corrupción moral existente en la retaguardia de la Guerra, mientras los *poilus* tenían que hacer alarde de heroísmo. Y la línea de fortificaciones defensivas que se trazarían desde el Canal de la Mancha a la frontera suiza y el Mediterráneo (en Sainte-Agnès), iniciada por el ministro de la guerra Maginot en 1922, suponía, en virtud del principio *si vis pacem para bellum*, una aceptación del fracaso del Armisticio y de los subsiguientes tratados. Que esa línea, a pesar de las dimensiones faraónicas de la inversión, robada, por ejemplo, a la previsión social, sería un grandioso fiasco se demostró pocos años después. Por lo demás, el controvertido Louis-Ferdinand Celine, combatiente que había sido en el frente, daría testimonio de los desastres morales que dejó la guerra en su *Viaje al fin de la noche*, no solo en la metrópoli.



«Cara rota» y prostituta. Otto Dix

Alemania, derrotada pero sobre todo humillada, había perdido más de seis millones de habitantes (no por muerte, sino por desplazamiento de fronteras) y setenta mil kilómetros cuadrados de territorio por mor de la derrota… y de la paz. En el periodo de entreguerras, Alemania experimentó una especie de entrenamiento para los horrores que le sobrevendrían a lo largo de los casi sesenta años que van desde 1933 a 1989, gracias al nazismo, a la segunda guerra, y, justo es recordarlo, a la segunda dictadura, la de la DDR: devaluaciones astronómicas, hiperinflación y carestía (el precio de un huevo por el que en junio de 1923 se pagaban 800 marcos, ascendería a 320 mil millones en diciembre del mismo año), ocupaciones (la del Ruhr, por ejemplo, por los franceses), paro laboral (seis millones de parados en 1932), golpes de estado (Eisner, Kapp, Hitler), inestabilidad y fragmentación política (hasta catorce partidos y quince jefes de gobierno), todo ello en un ambiente de algarada y brutalidad de la vida pública (media docena de atentados a políticos: Erzberger, Rathenau y Scheidemann entre otros) y todo ello con la pesadilla de un supuesto *Dolchstoss* o puñalada trapera que habría propinado a la nación el sovietismo comunista interior. Por lo demás, el artículo 231 del Tratado de Versalles hacía cargar al país con toda la responsabilidad de la guerra, cuando nunca como en ese caso habría sido de aplicación el apotegma evangélico «quien esté libre de pecado». A. Döblin en *Berlín, plaza de Alejandro,* E. Kaestner en *Fabian, historia de un moralista*, Ernst Toller en *Hoppla, wir leben* o

Hans Fallada en *Kleiner Mann, was nun?,* por ejemplo, daban fe de ese estado social de cosas: desconcierto, desmoralización, lasitud, enfrentamientos sociales, huelgas, antisemitismo… No es de extrañar que en Berlín o en Múnich, el urbanícola alemán, anteriormente identificado con los valores culturales representativos de su ciudad (grandes museos, teatros, fastuosas *Festzüge* históricas), se refugiara en el llamado *Kleinkunst* (el cabaret de barrio o la atracción de feria: el célebre circo Krone muniqués se hacía estable en 1919), en la cervecería propicia a la conspiración o en el estadio futbolero.

En Irlanda, la tensión entre las facciones nacionales (que había estallado en la Pascua del 16 en forma de guerrilla) produjo miles de muertos, mayormente en escaramuzas, y héroes. Michael Collins, líder independentista, sufría un atentado que prolongaría el violento proceso de segregación de Inglaterra. Chesterton en sus *Impresiones irlandesas* dejaba testimonio del conflicto.

Por su parte, el Imperio Otomano se desintegraba y su capital histórica, Constantinopla, se veía ocupada por las potencias vencedoras en cumplimiento del Armisticio de Moudros, mientras en la población surgían movimientos nacionalistas cuyos impulsos todavía están vigentes y que serían muy operativos en genocidio armenio.

En la *Mitteleuropa* y en el sureste del Continente se disgregaban naciones que se constituían en estados sin que hubieran superado el escollo de lo artificioso de su formación, lo que provocaban grandes desplazamientos y trasplantes de minorías. Zweig en su *Mundo de ayer* hablaba, con referencia a la nueva Austria, de un tronco mutilado que se desangraba por sus heridas. Conflictos actuales han demostrado lo arbitrario de los nuevos cuadros políticos surgidos del llamado *Umsturz* o caída de la monarquía. Si lo que se había considerado un estado de opereta, Montenegro[29], poco había tenido que ver con la Austria-Hungría de los últimos años del Imperio, menos tenía que ver con la Serbia, cabeza de la nueva Yugoslavia en la que se integraba. ¿Qué decir de la conmoción que tuvo que sentir el nacional de un imperio, el austrohúngaro —tercer estado más castigado por la guerra y el más castigado por la paz— que se remontaba a cuatro siglos atrás, cuando Matías Corvino había unido el destino de la potencia centro-europea que era Hungría al cuadro político de los Habsburgo, una dinastía que, además de proporcionar el emperador de germanos y rey de romanos, tenía presencia y raigambre en los territorios alpinos que iban desde Suiza a Estiria y Carnia? El 21 de octubre del 18, en Viena, surgía un pequeño estado que se autocalificaba *Deutschösterreich* y que daría lugar a una «república desesperada»[30]. Días más tarde, Th. Masaryk declaraba la independencia de Bohemia y daba origen y forma a un constructo político (Checoslovaquia) tan artificial como la anterior Monarquía Dual. La integración de húngaros, eslovacos, ucranianos, alemanes y checos en una república dual pronto se manifestó inviable. La capital danubiana, que ya antes de la guerra había teorizado poder albergar más de dos millones de habitantes, se vio reducida en una cuarta parte. Mientras, en el Budapest posbélico, capital entonces de un tercio de lo que había sido la corona de San Esteban hasta que estallara la revolución comunista

29 Franz Lehar había situado la acción de *La viuda alegre* en la embajada parisina de un estado balcánico: Pontevedro. Bajo este etnónimo se vio inequívocamente señalado el pequeño estado de Montenegro.

30 Walter Rauscher califica de esta manera la república austriaca surgida tras el «manifiesto» (*Völkermanifest*) del emperador Carlos I, en los últimos días de octubre de 1918: *Die verzweifelte Republik. Oesterreich 1918-1922*. K&S, Viena 2017.

en sus calles (octubre de 1918), Bela Kun (propiamente Cohen, uno de tantos de ese apellido que han pasado a la historia) imponía una cruenta dictadura soviética antes de ponerse al servicio de la que se había instaurado en la URSS y acabar purgado por Stalin. Las obras de A. Schnitzler (*Señorita Else*), J. Roth (*La cripta de los capuchinos*), S. Zweig (o J. Hasek (*El bravo soldado Svejk*), A. Lernet-Holenia (*El estandarte*), H. Bettauer (*La ciudad sin judíos*) o Lajos Zilahy (especial mención merece sus *Las cárceles del alma*) son testigos del desfondamiento existencial y moral que todo ello supuso en la élite del ciudadano del Imperio derrumbado. H. Bettauer en *La ciudad sin judíos*, al tiempo que denunciaba el antisemitismo flagrante de la República, ofrecía un panorama real de las condiciones sociales a las que se había visto sometido el ciudadano tras perder la guerra. No en vano, el Trotta protagonista de *La cripta de los capuchinos* de Roth, ante la que se le venía encima (la banda parda), prefería hacer mutis e irse a hacer compañía a sus emperadores, que yacían en la iglesia del *Neuer Markt* vienés.

—La cripta de los capuchinos, donde yacen mis emperadores, enterrados en ataúdes de piedra, estaba cerrada. El hermano capuchino vino a mi encuentro y me preguntó: ¿Qué desea?
—Quiero visitar el ataúd de mi emperador Franz Joseph, le contesté.
—¡Dios le bendiga!, dijo el hermano, y trazo el signo de la cruz sobre mi cabeza.
—¡Dios guarde…!, exclamé.
—¡Pst!—, dijo el hermano.
Y ahora, yo, un Trotta ¿adónde podré ir? …[31]

Repasar las desgracias que cayeron sobre aquella Europa salida del conflicto, sería el cuento de nunca acabar. Resumiendo, cabe decir que, tras la falsa finalización de la Guerra, el magnicidio, el ricino, el trasplante de minorías, la emboscada y la algarada callejeras, las colas de racionamientos y las huelgas, las cargas policiales y el asalto a organismos públicos estuvieron a la orden del día constituyendo soluciones no precisamente de último recurso. Todo ello representaba un estado de guerra «continuada con medios políticos». Y lo que sería más importante: el antisemitismo, no exclusivo de Alemania, campaba ya a sus anchas y escribiría el más negro capítulo de brutalidad a la que dio lugar la brutalización bélica y posbélica. Es decir, el llamado mundo nuevo que surgía, que en parte lo fue, no corrigió los males del antiguo y siguió coexistiendo con rémoras subterráneas del mundo fenecido: las naciones seguían denominándose «potencias» (*puissances, Mächte, powers*), lo que significaba que querían y tenían que fungir como co-árbitros internacionales, se desencadenaban guerras nacionales y binacionales y el imperialismo siguió imperando en la política internacional de la mano de las llamadas democracias parlamentarias. La vida social se banalizó: los llamados *roaring twenties*, *les années folles*, los locos años veinte, *die verrückten Zwanziger* dieron expresión a una voluntad de evasión, de huida de una realidad insoportable que ha hecho caracterizar, erróneamente, toda la época como una cultura de la evasión. Lo que Calvo Serraller (1998, p. 13) considera actitud clave de la época, la

31 Versión propia.

evasión, era una tendencia superficial que ocultaba la tragedia del vivir cotidiano con el recuerdo a cuestas:

Christofer Isherwood en *Adiós a Berlín* (1939) dejó claro que la huida europea —la que en el film de Bob Fosse pregonaba el *conferencier* del Kit Kat berlinés (*Im Cabaret, au cabaret! To cabaret!*)— significaba quedarse en el sitio, mientras la *Hitlerjugend* entonaba ya un canto amenazador: *tomorrow belongs to me* proponía el miembro de la Hitlerjugend en el film. Y los ¿sistemas? de pensamiento no suponían ayuda alguna a pesar de los intentos de purificación social y moral que algunos de ellos representaban, como el personalismo o el existencialismo…

En definitiva, aunque 1918 cambiara la trayectoria histórica de Europa, cabe preguntarse si lo hizo para bien y si la paz no conservó el núcleo más rancio del antiguo régimen: el hegemonismo, el belicismo, la explotación social. O lo que es lo mismo: Compiègne y Versalles, Rapallo y Villa Giusti, Trianon, Brest-Litovsk y Saint-Germain-en-Laye, ¿tuvieron el éxito deseado? La respuesta, en parte, en la literatura.

1.4. La otra literatura de entreguerras: entre la memoria, la reflexión y la crítica. Una aproximación caracterizadora: renacimiento de la «mímesis»

Gran parte de la praxis literaria —tanto de la literatura artística o como la utilitaria (aquella que los preceptistas clásicos ponían bajo el patrocinio de Clío, la historia, y de Urania, la didáctica)— volcó sus esfuerzos en registrar, documentar, comentar, explicar, criticar o rechazar lo que los escritores habían vivido en primera persona como miembros de la sociedad que ejercía y sufría un nuevo y terrible estado de cosas. Por supuesto que siguió existiendo la creación literaria autónoma, es decir, la que no dependía ni de la memoria ni de la documentación de las desgracias sociales provocadas por la guerra. Un Hofmansthal, un Mann, un Duhammel, un Gide, un Proust o un Pirandello siguieron haciendo una literatura «por encima del tiempo». Los «seis personajes en busca de autor», por ejemplo, no parecían haber sufrido en el frente del Isonzo, ni los internados en el sanatorio suizo de *La montaña mágica* han pasado las calamidades de la retaguardia alemana. Pero hubo muchos otros escritores que, en una nueva apelación al realismo y a la historia (próxima) que se les imponía como imperativo moral, centraron tanto la temática como el argumentario de su escritura en las vivencias bélicas experimentadas. Fue un renacimiento de la «mímesis», frente a la tendencia «poiética» de las vanguardias que se habían iniciado antes de la Guerra. Puede resultar una perogrullada afirmar que tanto la Guerra del 14 como la paz del 18, además de determinar la vida y la muerte de millones de europeos, fue el núcleo vivencial alrededor del cual giró gran parte de la creación literaria de entreguerras, marcando la obra de muchos de los autores que vivieron en torno a esos años. Entre 1900 y 1939, gran parte de las obras de la literatura europea, hasta que otros conflictos de mayor dimensión hicieran olvidar el pasado, gira en torno a lo que hoy conocemos como la Gran Guerra y sus consecuencias. La literatura, de la que se dice que es conciencia de la sociedad, tomó los episodios bélicos y posbélicos como motivo de reflexión, como realidad a documentar o como circunstancia

que ocultar o de la que huir. Formalmente, la guerra potenció en ocasiones movimientos de vanguardia ya existentes (el expresionismo, por ejemplo, ya estaba presente en 1905) pero su incidencia fundamental fue temática. La intensidad y gravedad de los sucesos sirvieron de fuente de inspiración a muchos escritores que en sus obras intentaron explicar las causas, documentar sus horrores y evitar tanto la génesis como los efectos de esa y otras guerras, cosa que solo parcialmente consiguieron. También las terribles consecuencias de una paz injusta afectaron profundamente a los autores, que, tanto los que ya antes lo eran como los recién llegados al panorama literario, estuvieron allí para contarlo. Dar cumplida cuenta de esa literatura testimonial sería una tarea de gran interés, aunque exigiría un proyecto de amplio espectro y, sin duda, colectivo. Valga aquí una aproximación temática y formal con carácter de iniciación.

Pero no solo la literatura: durante los veinte años de entreguerras, la historiografía, la pintura y el cine europeos —no tanto la música, arte abstracto un tanto huidizo de la realidad: piénsese solo en el *Cappriccio* de R. Strauss[32]— tomaron sus motivos y argumentos de los episodios recientemente vividos y de las opciones sociales o políticas que se abrieron tras las paz y con las que se comprometieron o sobre las que reflexionaron: recuerdos, vivencias y reflexiones, tenidos *in situ* o a posteriori, hallaron expresión en memorias, diarios, fotografías, cintas, novelas y ensayos, todo ello con un marchamo autobiográfico, ya que la guerra había sido parte de la vida de los artistas.

1.5. Ensayo de tipología y calas en la literatura testimonial de entreguerras

Dentro de esta escritura vivencial o autobiográfica, la variedad o especie literaria más destacada fue la que podríamos calificar de «mirada retrospectiva», que, tras la Guerra, vino a sustituir el modelo «crónica periodística» que se había cultivado durante su desarrollo y de la que pueden valer como ejemplo los informes que escritores como Henri Malo, E. Hemingway o V. Blasco Ibáñez enviaban a sus periódicos. Si en la primera documentación literaria de las contiendas, las crónicas, predominaban el entusiasmo patriótico y la soflama, tras la Guerra se impusieron, como no podía ser menos, el desencanto y el tono acusatorio. H. Malo, modesto historiador francés, había escrito unas crónicas al inicio de la guerra que en 1916 reunió bajo el título de *Le drame de Flandres* que, tras pasajes descriptivos, entonaba los pertinentes anatemas contra los causantes de aquellas desgracias:

> Pronto les pisarán los talones a los germanos en retirada. Los barbaros podrán sentirse satisfechos por su obra. Jamás una devastación fue tan completa, jamás se vivió tal cúmulo de crímenes y de ruinas[33].*

32 En esta ópera, escrita en plena Segunda Guerra, el compositor bávaro especulaba sobre *si prima la musica e dopo le parole*… o a la inversa: bello motivo de reflexión para tiempos de guerra total.

33 Ils marcheront bientot sur les talons des Germains en retraite. Les barbares pourront se tenir satisfaits de leur oeuvre. Jamais devastation ne fut plus complète, jamais on ne vit pareille accumulation de crimes et de ruines.

*Cuando no disponemos de traducción, damos una versión propia y aducimos los textos originales en pie de página.

Tras el Armisticio, el escritor recuperaba y organizaba sus recuerdos y describía los episodios bélicos que había vivido. El núcleo de esos recuerdos lo constituía mayormente la vivencia de la trinchera, la situación más terroríficamente absurda a la que dieron lugar los sistemas estratégicos y tácticos desarrollados por el nuevo arte de la guerra. Era, por lo demás, el recuerdo más profundo y perturbador, grabado a sangre, barro, estruendo, hambre y suciedad en la memoria del escritor-testigo al que le había tocado en suerte y que quizás, a través de la escritura, podía digerir. Ya en plena guerra había habido escritores —H. Barbusse, por ejemplo, con su *El fuego. Diario de una escuadra,* Cenit, 1916/1930— que se habían expresado sobre la inhumanidad del hábitat bélico que las nuevas técnicas imponían, más que al guerrero, al soldado. Pero, tras el Armisticio, fueron legión los escritores que, a través de la escritura, quisieron ser voz monitoria de un pasado que debía evitarse. Muchos de estos provenían del ejercicio del periodismo y vieron en la novela, no solo un paso ulterior de su desarrollo autorial, sino también un deber moral de comunicación. Así surgió un largo catálogo de novelas bélicas, no belicistas que, narrando los horrores de las trincheras, paradójicamente disfrutaron del favor del público. Por ejemplo, la de Roland Dorgelés, periodista y esforzado combatiente que había conseguido la cruz al mérito militar y llegó a caballero de la legión de honor. De su pluma aparecía en 1919 *Les croix de bois,* novela que testimoniaba, los horrores de la guerra de trincheras. En uno de los pasajes de esta novela, una compañía atrapada en un cementerio, no tiene más solución que esperar la muerte mientras, en una escena macabra y dantesca, sus miembros intentan rescatar a los heridos caídos o refugiados en las tumbas:

> Tres días, hace tres días que mantenemos el cementerio batido por los obuses. No hay nada que hacer sino esperar. Cuando todo se haya destruido y no quede más que una mezcla aplastada de piedras y hombres, atacarán […] Entre estos cuatro muros que se desmoronan y se quiebran, la compañía está prisionera, aislada del regimiento […] por las ametralladoras que barren las pistas. Por la noche […] algunos camilleros se aventuran. Y rápidamente, agazapados, exhuman a un hombre de un gran panteón de familia, donde los heridos gimen, sin ningún cuidado, durante días. Roban a una persona muerta en el cementerio. Todavía hay seis en esta tumba, de la que los alemanes han hecho un puesto de primeros auxilios. Cuando nos asomamos a esta pocilga, respiramos el terrible olor de su fiebre y el llanto suplicante que se confunde con sus gemidos. Uno de ellos lleva una semana allí, abandonado por su regimiento. Ya no habla. Es una cosa trágicamente enjuta, de ojos enormes, mejillas demacradas manchadas de barbas y manos descarnadas cuyas uñas arañan la piedra. No se mueve y ya no siente la herida de sus muslos aplastados, pero una sed horrible le hace gemir. [34]

34 Trois jours, cela fait trois jours que nous tenons le cimetière pilè par les obus. Rien a faire, qu`attendre. Quand tout será bouleversé, qu' il ne devra plus rester qu'un mélange broyé de pierres et hommes, ils attaqueront […] Entre ces quatre murs qui se crénellent et s'effondrent, la compagnie est prisonnière, isolée du régimen […] par les mitrailleuses qui balaient les pistes […] Le soir, quelques brancardiers se hasardent. Et vite, en se cachant, ils exhument un homme d'un grand caveau de famille, où des blessés geignent, sans soins possibles, depuis des jours. Ils volent un mort au cimetière. Ils sont encore six, dans ce tombeau dont les Allemands ont fait un poste de secours. Quand on se penche sur cette bauge, on respire l'odeur terrible de leur fièvre, et la plainte suppliante de leurs râles confondus. L'un d'eux est là depuis une semaine, abandonné par son régiment. Il ne parle plus. C'est une chose tragiquement maigre, avec des yeux immenses, des joues creuses salies de barbe, et des mains décharnées,



Portada de la obra de Dorgelés

Candidata al Goncourt, la novela fue pronto llevada a la pantalla (1932, por Raymond Bernard), fungiendo la cinta como instrumento multiplicador de la comunicación anti-belicista. Sin llegar a tener la fuerza expresiva de cintas como *Sin novedad en el frente* de Milestone o *Senderos de gloria* de Kubrik, *Cruces de madera* representa uno de los más destacados alegatos pacifistas del inicial cine de posguerra. En todo caso, perentorio es reconocer que tanto la una como las otras no sirvieron de mucho.

El americano Hemingway elaboraba, en el barrio latino del París de posguerra, a pocos pasos de la casa donde Joyce había acabado su *Ulyses*, sus experiencias en el frente italiano, en el que había servido de sanitario, y construía con una serie de situaciones típicas del conflicto (retaguardia, deserción, huida, conflicto amoroso) y daba pronto a la imprenta su *Adiós a las armas* (1929), que sería adaptada a la escena y más tarde exitosamente llevada la pantalla (Borzage, 1932).

Curzio Malaparte, quizás, por su origen alemán (Kurt Erich Suchert era su nombre de registro), un poco más despegado del altisonante patriotismo operístico del país, escribía, sobre sus experiencias personales en las trincheras de dos frentes aliados, su *Viva Caporetto! La rivolta dei santi maledetti*[35], que denunciaba la mala gestión militar y humana de una campaña, la dirigida por el general Cadorna, de infausta memoria nacional, que supuso la mayor derrota sufrida por el reino de Italia en su casi secular enfrentamiento con Austria. La desbandada vergonzosa ante las fuerzas enemigas no había sido producto de la poca disponibilidad de los soldados italianos al combate, sino de las condiciones de improvisación bajo las que se les había obligado a ir al frente. La obra disgustó enormemente al gobierno italiano, no solo al fascista, que la prohibió o censuró.

En esta tónica de mirada retrospectiva antibelicista publicarían sus novelas, diarios, correspondencias y crónicas los italianos C. Salsa (*Trincee*), coguionista de *La grande Guerra* de M. Monicelli, C. Gadda (*Giornale di guerra e di prigionia*[36]),

dont les ongles griffent la pierre. Il ne bouge pas, pour ne plus sentir la blessure assoupiede ses cuisses broyées, mais une soif horrible le fait geindre. (Dorgelés, *Les croix de bois.* Albin Michel, París, 1932, pág. 245).

35 La obra fue publicada inicialmente en Prato, en 1921, a costa del autor y había sido escrita en Varsovia al licenciarse este del ejército.

36 Escrito durante la guerra, no se publicaría hasta 1955.

el francés J. Giono (*Lettres de la Grande Guerre, 1915-1919*[37]) o el alemán E. Jünger (*Tormentas de acero*). Quizás la de este último sea la obra que con más drástica sobriedad ha tratado la tormenta bélica que asoló a Europa. Las suyas son descripciones de un objetivismo observador y reflexivo, pero carente de sentimiento y de espanto, producto quizás del embotamiento y la habituación a la destrucción física a la que sometía al hombre la guerra de estancamiento:

> 7 de octubre de 1915. Al amanecer me encontraba al lado del centinela de mi pelotón, en el escalón de los tiradores cercano a nuestro abrigo; una bala de fusil le ha desgarrado la gorra, de delante a atrás, sin causarle la menor herida. A esa misma hora fueron heridos dos zapadores junto a las alambradas. Uno recibió un tiro de rebote que le atravesó ambas piernas; el otro, un balazo que le perforó la oreja. Durante la mañana el centinela del flanco izquierdo ha sido herido por un balazo que le ha atravesado las dos mejillas. La sangre salía a borbotones de la herida en gruesos chorros. Para que la desgracia fuera completa, hoy ha venido también a nuestro sector el alférez von Ewald; quería hacer unas fotos de la zapa N, que queda a sólo cincuenta metros de distancia de nuestra trinchera. Al darse la vuelta para bajarse del apostadero, un proyectil le destrozó la nuca. Murió en el acto. En el apostadero quedaron grandes trozos de hueso de su cráneo. Además, un hombre recibió en un hombro un balazo de poca gravedad.

La suya parece una mirada que sostiene la del horror que tiene lugar en su entorno y que no le impide buscar y descubrir la posibilidad de una domesticidad subterránea en medio de la barbarie bélica:

> A menudo me hallaba sentado a la mesa de mi pequeño abrigo y experimentaba una sensación de agradable cobijo; las toscas paredes de madera, de las que colgaba el armamento, recordaban el Lejano Oeste. Allí bebía una taza de té, fumaba y leía, mientras mi ordenanza se hallaba ocupado con el diminuto hornillo, que llenaba la atmósfera con el aroma de las rebanadas de pan tostado. ¿Qué luchador de las trincheras no conoce este ambiente? [...] En ese fragmento del frente teníamos nosotros nuestro hogar, en él conocíamos desde hacía mucho tiempo cada una de las zapas o ramales ciegos, donde habían crecido los hierbajos, así como cada uno de los abrigos derruidos. A nuestro alrededor reposaban, bajo montículos de barro, los cadáveres de camaradas caídos; en cada pie de terreno se había representado un drama, detrás de cada través acechaba día y noche la Fatalidad para atrapar de forma indiscriminada una víctima. Y, sin embargo, todos nosotros nos sentíamos fuertemente vinculados a nuestro sector, habíamos llegado a formar un único cuerpo con él. Lo reconocíamos cuando recorría como una banda negra el paisaje nevado, o cuando la vegetación salvaje y florida que lo envolvía lo llenaba al mediodía de unos aromas que aturdían, o cuando la palidez de la luna llena abrazaba como un espectro sus rincones oscuros, en los que chillonas bandadas de ratas se entregaban a su siniestra tarea. En

37 Son 450 cartas familiares las que escribió el autor de *L' Hussard sur le toit* mientras aguantaba la Gran Guerra en calidad de soldado raso.

> los largos atardeceres de verano nos sentábamos alegres en sus banquetas de barro, mientras el aire tibio llevaba hacia el enemigo el ruido de golpeteos afanosos y el son de una canción de nuestra patria. Y cuando la Muerte azotaba las trincheras con su látigo de acero y de los derruidos taludes de barro brotaba una humareda lenta, saltábamos por encima de tablones y de alambradas rotas. Varias veces quiso asignarnos nuestro coronel un tramo más tranquilo de la posición defendida por nuestro regimiento; y siempre la compañía entera había suplicado como un solo hombre que se le permitiera continuar en el Sector C. [38]

Si la de Dorgelés era una crónica denunciadora de la violencia y la de Jünger una mirada neutra, simplemente observadora, a la barbarie, hubo otras obras que, en la tónica de la glorificación futurista de la violencia —las de Marinetti, p. ej.—, de comienzos de la guerra, manifestaban una cierta condescendencia e incluso simpatía con la crueldad del suceso bélico, en un intento de afirmar el sentido heroico ante la aniquilación a la que sometía la guerra moderna. Tal fue la novela de Ernst von Salomon, personaje ambiguo de la historia alemana[39] que en *Die Geächteten* (1930, «Los proscritos») narraba, no el pasado bélico de las trincheras, sino el presente, no menos guerrero, que se desarrollaba, tras el Armisticio, bien en el frente interior —el que separaba a las fuerzas del orden y las revolucionarias—, bien en la frontera báltica contra los bolcheviques. La guerra que los llamados *Freikorps* y la *Landwehr* báltica alemanes libraban en los países bálticos —que el comunismo quería reducir a la obediencia moscovita—, provocó una violencia de razias y desmanes que causó miles de muertos, algunos en forma de ajusticiamiento de reales o supuestos colaboracionistas. El autor, ambiguo personaje de la historia de la literatura alemana[40], al tiempo que daba testimonio de las tropelías de una campaña que se ejerció sobre todo contra la población civil, mostraba una simpatía hacia los comportamientos de rudeza en un conflicto donde se pretendía la pervivencia de la vida de soldado. Una «autora del Reich», Gertrud von Brockdorf en *Menschen ohne Vaterland* —por lo demás éxito fílmico para el que von Salomon se encargaría del guion, 1937— insistiría en la temática de los baltoalemanes que se enfrentaron a los bolcheviques.

También una mirada al presente —el de entonces— fue la novela del combatiente en el frente del Este Roger Vercel *Capitan Conan*, 1933 —ganadora del Goncourt[41] y recientemente redescubierta para la pantalla por B. Tavernier— que describía las acciones, no siempre honorables y al margen de la ley, de una división francesa de «corta-gargantas» que en los Balcanes, tras la Guerra, continuaba la guerra. La novela de Vercel podría considerarse como el *pendant* francés de la de von Salomon: la vida del guerrero…, sin guerra.

Otra variante, temática y formal, de esta mirada, no retrospectiva sino «perspectiva» es el *diario de guerra e prigionia* que, empezado quizá durante la guerra,

38 Ernst Jünger, *Tempestades de Acero.* pág. 34

39 Combatiente del Freikorps, pasaría por las filas del partido nazi y el internamiento en un campo de desnazificación aliado.

40 Por su participación en el asesinato de W. Rathenau pasaría varios años en la cárcel. Más tarde, a pesar de su anticomunismo, manifestaría una actitud distanciada del nazismo, lo que no le libró del proceso de desnazificación.

41 A pesar de su ambigüedad moral, la obra, si no defensora, sí contemporizadora con los drásticos métodos militares, en momentos en que el odio a la Alemania del Reich era arma política, fue galardonada con el prestigioso premio francés que, como el Nobel, tiene una historia no siempre brillante.

se llevaba en la medida de lo posible mientras duraba la situación de carencia de libertad. La entrega recíproca de prisioneros, cuya organización implicaba graves problemas de logística, no siempre fue lo inmediata que cabría suponer y el feliz/infeliz capturado, para el que se había acabado la guerra, pero no las desgracias, estaba en un limbo legal: no estando ya bajo la amenaza de la metralla, el tormento, continuo e intenso, aunque no tan letal, del hambre le obligaba a un estado de barbarie. Los paquetes enviados por los familiares permanecían sin enviar o entregar por falta de transporte o de personal. Este tipo de escrito, el «diario de prisión», fue llevado en muchas ocasiones por soldados rasos sin formación pero que hoy en día es apreciado y clasificado como «escritura popular» de gran valor documental. Un pasaje de uno de estos diarios, tomado al azar, da idea de los contenidos y del valor de esta escritura:

> Después de haber sido hechos prisioneros estuvieron cuatro o cinco días sin comer, durmiendo al raso [...] no se habían afeitado ni lavado la cara, no tenían más que piel, huesos y piojos [...] eran cadáveres ambulantes. [42]

No en vano el lingüista Leo Spitzer, ya en su día, había fijado su atención en esta literatura de guerra proveniente de los humildes, de la carne de cañón (*Lettere di prigionieri di guerra italiani 1915-1918*), recientemente redescubierta y que contradice en parte el aserto del estudioso de la guerra por la parte italiana de M. Isnenghi: «le classi subalterne non hanno lasciato un loro diario di guerra». En la correspondencia de los soldados (solo en las trincheras francesas se expedían al día más de dos millones de cartas), estos hicieron una especie propia de literatura que hoy en día es objeto de estudio..., y testimonio (auto)biográfico. Leo Spitzer (2016, p. 131), en calidad de censor de la correspondencia del ejército en el ministerio de la Guerra austro-húngaro, tuvo acceso a las cuitas de toda índole que pesaban sobre los soldados, sobre unos jóvenes enviados al matadero, que ansiaban las noticias de los suyos y mostraban en sus cartas la añoranza por la vida sencilla de antaño, la esperanza de la paz, la resignación ante el destino trágico, la constante petición de comida, de ropa, de dinero, de cualquier cosa que pudiera aliviar la dramática situación en el frente: «Cuando veo a los demás, que reciben a menudo noticias de sus seres queridos, me digo que cuándo podré recibir una yo también. /Permanezco con el lápiz en la mano y lágrimas en los ojos al tener que hablarte a través de una carta y no con la boca.»[43]

No de la pluma de un soldado raso, sino de la de un oficial provenía el *Diario di un imboscato* (1919) —término que habría que traducir por «escaqueado»— del periodista paduano Attilio Frescura que sirvió como oficial de la milicia territorial italiana. Con una sorna muy nacional ponía en solfa los comportamientos irracionales de los mandos:

> 1 de marzo [1916] Ha llegado una brigada a la que se le distribuye solo una manta por cabeza. Aquí hace un frío de perros y una manta no es suficiente.

42 Appena fatti prigioniere stettero quatro ho cinque giorni senza mangiare, dormire sotto le nubi [...] non s' avevano più fatto rader barba e neanche lavato la faccia non avevano che pelle e ossa e pidocchi... erano a dirittura cadaveri ambulanti. Tomado de Antonio Gibelli, *La guerra grande. Storie de gente comune*. Laterza, Bari, 2014, pág. 260.

43 Quando vedo agli altri che spesso ricevono notizie dalle loro cari io mi geme il cuore, e dico, ma quand'è che posso averne una anchio. / Resto colla penna in mano e colle lagrime agli occhi al dover parlavi colla carta e non colla bocca.

> Se han pedido mantas en la oficina de sanidad, que dispone de seis mil; pero la oficina de sanidad se niega: «Hay que reservarlas para eventuales enfermos». Y tiene razón. Está escrito. Que los soldados aguanten el frio y cojan una buena pulmonía. En definitiva, que enfermen. Entonces la oficina de sanidad les dará las mantas a los enfermos. ¡Y luego dicen que la burocracia no es lógica! Puede haber, sí, una pequeña duda: ¿se hacen las mantas para los enfermos o deben hacerse los enfermos para las mantas?[44]

En otro apunte del diario, la ironía de este oficial que se había mostrado a favor de la intervención, rayaba en lo corrosivo:

> Ha llegado el general Cadorna, que ha visitado nuestro frente. En la mesa, en respuesta al brindis de nuestro general, S. E. el general Cadorna dijo que aquí nuestro frente es el menos profundo y que la ofensiva austriaca es un «bluff». «De todos modos —concluyó—, brindo por la salud de esta bella división que sabrá morir hasta el último hombre antes que entregar un solo palmo de tierra …»
>
> Cómo Su Excelencia logrará conciliar nuestra salud con la muerte, es una cosa que no logro entender…[45]

Celine, de nombre Louis Ferdinand, uno de los escritores más destacados del siglo XX, incidía en el efecto psíquico que la trinchera y el fragor de la batalla producía en el soldado, registrando el estado de shock que aquel *abbatoir international en folie* producía en el pobre *poilu* que tras el entusiasmo inicial pronto descubría a qué manicomio se le habían llevado:

> Pero no, el fuego había cesado, el ruido permanecía en mi cabeza durante mucho tiempo, y luego mis brazos y piernas temblaron como si alguien los estuviera sacudiendo por detrás. Parecían abandonarme pero luego acababan quedándose de todos modos. En el humo que picaba los ojos durante mucho tiempo, el fuerte olor a polvo y azufre permanecía en nosotros como para matar a los insectos y las pulgas de toda la tierra.[46]

En ocasiones, el remedio a la trinchera era peor que la enfermedad: el lazareto u hospital militar o el psiquiátrico. Celine lo sabía por experiencia propia, ya que, tras su herida en combate, le habían derivado a un psiquiátrico militar:

44 È arrivata una brigata che ha in distribuzione una sola coperta. Qui fa un freddo cane e la coperta non basta. Si sono chieste coperte all'ufficio di sanità, che ne ha in dotazione seimila; ma l'ufficio di sanità le ha negate: «debbono servire per gli eventuali malati». Ed ha ragione. È scritto. I soldati prendano il freddo e una brava polmonite. Si ammalino, insomma. Allora l'ufficio di sanità darà le coperte ai malati. E poi dicono che la burocrazia non è logica! Ci può essere, è vero, un piccolo dubbio: le coperte sono fatte per i malati o si debbono fare i malati per le coperte?

45 È arrivato il generale Cadorna, che ha visitato il nostro fronte. A tavola, in risposta al brindisi del nostro generale, S. E. il generale Cadorna ha detto che il nostro fronte è, qui, il meno profondo e che l'offensiva austriaca è un «bluff». «Comunque — egli ha concluso — bevo alla salute della bella divisione che saprà morire tutta, sino all'ultimo uomo, piuttosto che cedere un solo palmo di terreno…»
Come Sua Eccellenza concilii la nostra salute con la morte non sono riuscito a capire…

46 Et puis non, le feu est parti, le bruit est resté longtemps dans ma tête, et puis les bras et les jambes qui tremblaient comme si quelqu'un vous les secouait de par-derrière. Ils avaient l'air de me quitter et puis ils me sont restés quand même mes membres. Dans la fumée qui piqua les yeux encore pendant longtemps, l'odeur pointue de la poudre et du soufre nous restait comme pour tuer les punaises et les puces de la terre entière.

> Nuestro jefe médico, el profesor Bestombes, había hecho instalar, con el objeto de devolvernos el alma, todo un aparataje complicadísimo de relucientes máquinas eléctricas en las que nos sometíamos a descargas periódicas que el pretendía tonificantes y que era necesario aceptar so pena de expulsión[47]

El drama, que no había sido nunca un género especialmente proclive a documentar el combate —y de ello dejaba constancia la antigua retórica— solo en ocasiones se atrevió a mostrar o reflexionar sobre el comportamiento militar y el ambiente bélico. *El príncipe de Homburgo* de H. von Kleist, por ejemplo, había hecho referencia a la desobediencia en campaña de este personaje histórico que fue sentenciado a muerte por contravenir las decisiones estratégicas del rey prusiano, a pesar de que con ello le había salvado de la derrota. Era un alegato contra la sinrazón de la razón militar, pero no una denuncia antibélica. Sí lo fue, sin embargo, una de las obras más logradamente pacifistas de esta literatura posbélica, un drama, desestructurado, con prólogo, epílogo, varios centenares de personajes y un sinfín de escenas y en el que solo se salva un único elemento estructural de lo teatral: el desenlace, auténtico *ἀποκάλυψις* (apocálipsis) o revelación de la naturaleza de la guerra: la afirmación de su inhumanidad. *Los últimos días de la humanidad* de K. Kraus, 1922, constituye hoy en día el único intento logrado de «representación» escénica (en el sentido de la palabra alemana *Darstellung*) de la realidad bélica. En los años veinte el teatro se convertía en un elemento más de la lucha política, sobre todo en la Rusia roja y en la Alemania weimariana. Directores y escenógrafos como Erwin Piscator, Mayerhold, Stanislavsky, Appia o Craig huían del esteticismo teatral de, por ejemplo, un Max Reinhardt: se trataba de concienciar al espectador de las nuevas condiciones existenciales y políticas. La obra de Kraus, deconstrucción del drama clásico, se habría prestado para una escenificación rompedora…, si sus límites (y exigencias de producción) lo hubieran permitido: sus 220 escenas con su centenar largo de cambios de escenario (=unas siete horas de representación) convertían la obra, incluso en opinión de su autor, en irrepresentable escénicamente. Los intentos de representación que se llevaron a cabo de este drama que presentaba, con un estilo de caricatura expresionista a lo G. Gross, las causas, los efectos y comportamientos de la guerra a lo largo y ancho del mundo social y político de las potencias centrales, fueron solo ensayos de escenificación, muy reducida, que no hacían justicia a la profundidad crítica de la obra. Valga, pues, como excepción en un panorama teatral en el que la guerra no estuvo muy presente en las tablas. Quizás, la competencia del cine contribuyó parcialmente a esta ausencia.

Pero en el mundo que nacía con el Armisticio, la pasada guerra y las que todavía pervivían provocaron reacciones literarias no solo de denuncia. También la ironía, la nostalgia o el alegato político utilizaron la representación de los contextos bélicos. J. Hašek y su soldado Svejk ironizaban sobre el fenecido imperio de opereta, el austrohúngaro, desorganizado y chapucero, aunque, valiente él, no se había atrevido a hacerlo antes del *Umsturz* (derrumbamiento del Imperio). S. Zweig, *El mundo de ayer*, y J. Roth, *La cripta de los capuchinos,* añoraron el tiempo

47 Notre médecin-chef aux beaux yeux, le professeur Bestombes, avait fait installer pour nous redonner de l'âme, tout un appareillage très compliqué d'engins électriques étincelants dont nous subissions les décharges périodiques, effluves qu'il prétendait toniques et qu'il fallait accepter sous peine d'expulsion.

pasado que en su momento quizás no supieron valorar. A. Schnitzler siguió anclado en el mundo desaparecido como si no hubiera pasado sobre la sociedad vienesa la tormenta bélica, pero avanzada la posguerra daba a la luz pública sus reflexiones sobre el conflicto: *Y algún día llegará la paz*. Por su parte, el comprometido escritor soviético M. Sholojov, hombre de partido, dedicaba su enorme tetralogía –si fue él quien la escribió– *El Don apacible* (1927) a loar la historia soviética de Rusia. En la enorme dificultad que representaba el dar una idea del complejo mundo postrevolucionario, tenía momentos de efusión donde el flujo perenne del río servía de metáfora al devenir de las generaciones en torno a esa fecha de 1918. Solo la caudalosa corriente permanecía serena en aquella época vertiginosa que arrebataba en su vorágine a individuos, sociedades y estados. H. Barbusse, en *Stalin, un mundo nuevo visto a través de un hombre*, y J. Reed, en *Diez días que conmovieron al mundo*, se comprometían con un mundo nuevo que con el tiempo se manifestaría, entre otras cosas, como una gran industria penitenciaria a través de la organización Gulag del NVKD. Y H. Vogeler, inicialmente pintor decadentista en su retiro de la Alemania septentrional, en Worpswede (donde tuvo por compañeros a Rilke y P. Moderssohn-Becker), y más tarde voluntario en el frente oriental, manifestaba, en *Reise durch Rußland. Die Geburt des Neuen Menschen,* su conversión al pacifismo y blandía banderas de utopías en favor de un régimen, el soviético, que acabaría desterrándole al Asia Central.

> Tranquila y consciente fuerza se propaga entre los nuevos hombres. Todos están contentos de que finalmente, después de la guerra, el hambre y la miseria y gracias a la entrega infinita de las mejores fuerzas, se progrese. No hay manera de conectarse de alguna manera con lo viejo. Tal vez un último romanticismo, una nostalgia de muerte fue la que me llevó como voluntario. Encontré la vida como era.



Portada de la obra de Vogeler

Y V. Larbaud, que vivía a pocos kilómetros de la línea del frente, tras intentar enrolarse, había decidido huir a la torre de marfil, que, en su caso, fue la que representó la entonces todavía idílica población alicantina de San Vicente del Raspeig: la guerra solo pasaría por sus diarios, no por sus relatos. Ö. von Horvath,

un apátrida austriaco, en *El divorcio de Fígaro* añoraba, a su manera y utilizando el mito literario del *Barbiere* beaumarchiano, el mundo desaparecido: el antiguo sirviente y barbero, amenazante en el libreto de *Le Nozze* de da Ponte (*Il chitarrino li suonerà* había exclamado Fígaro ante el aprovechado conde Almaviva que quería beneficiarse de su mujer), ya establecido en el nuevo orden, salvaguardaba en la medida de lo posible las ruinas del Antiguo Régimen, mientras la temperamental Susana caía en los encantos de un conde venido a menos. Fígaro acababa pontificando lapidariamente sobre el cambio de los tiempos al que aspiraba: «solo ahora, cuando no es necesario encerrar en el sótano a los hombres que no pueden evitar ser sus enemigos, está triunfando la revolución». Stalin no llegó a leer ese apotegma horvarthiano, aunque le habría dado lo mismo.

Hubo autores que fueron testigos de los escenarios no europeos de la guerra. Franz Werfel, en *Los cuarenta días del Musa Dagh* (1933), se sumergiría en el subsistema bélico, en una de las numerosas guerras de debajo de la Guerra, que había producido, entre otros, uno de los genocidios más característicos del siglo XX: el armenio. C. Scott Forester, en *La reina de África*, reflexionaría sobre la esencia y legitimidad de un colonialismo que con la Guerra había intensificado lo que había sido su razón de ser: la explotación. En efecto, los prebélicos campos de concentración africanos —británicos primero y alemanes después— fueron sustituidos por campañas de exterminio de indígenas a las que mayormente solo se aludía. Y Celine, en su mencionado largo «viaje al fin de la noche» tematizaba, con rasgos de picaresca clásica, la nueva situación africana en la que la colonia había sumido a la población en la degradación y la inmoralidad. Incluso la población metropolitana de la colonia se hallaba sometida a una especie de sometimiento:

> En esta colonia de Bambola-Bragamance, por encima de todo el mundo dominaba el Gobernador. Sus militares y funcionarios casi no se atrevían a respirar cuando él se dignaba mirar a su gente [...] Muchos funcionarios habían vivido con la esperanza de que algún día se acostara con sus esposas, pero al gobernador no le gustaban las mujeres. No le gustaba nada.[48]

Si tal era la situación del metropolitano, huelga imaginarse la relación que existiría entre colonos y colonizados en un sistema que durante tiempo pasó por ejemplar:

> Llegada la noche, la turba nativa que hacia la carrera estaba en pleno apogeo entre pequeñas nubes de mosquitos que cumplían su tarea y estaban cargados de fiebre amarilla. Un refuerzo de elementos sudaneses ofrecía al caminante todo lo que tenían bajo los taparrabos. Por precios muy razonables, se puede tirar uno a toda una familia durante una hora o dos. Me hubiera gustado vagabundear de sexo en sexo, pero me vi obligado a buscar un lugar donde me dieran un curre.[49]

48 Dans cette colonie de la Bambola-Bragamance, au dessus de tout le monde, triomphait le Gouverneur. Ses militaires et ses fonctionnaires osaient à peine respirer quand il daignait abaisser ses regards jusqu'à leurs personnes… Nombre de fonctionnaires avaient vécu dans l'espérance qu'un jour il coucherait avec leur femme, mais le Gouverneur n'aimait pas les femmes. Il n'aimait rien.
49 Venue la nuit, la retape indigène battait son plein entre les petits nuages de moustiques besogneux et lestés de fièvre jaune. Un renfort d'éléments soudanais offrait au promeneur tout ce qu'ils avaient de bien sous les pagnes. Pour des prix très raisonnables,

Esta memoria de la guerra y de sus consecuencias perduró a lo largo del siglo: Pasado el tiempo, Boris Pasternak, en *Doctor Zhivago*, recuperaría para la futura memoria perdida de los soviéticos los violentos estertores que había producido el nacimiento de la mayor dictadura de todos los tiempos. Inicialmente la obra no pudo publicarse en la URSS y fue Italia donde apareció en 1956, en la editorial de un comunista italiano: Indro Feltrinelli. Todavía en la actualidad se siguen intensamente los acontecimientos que se desencadenaron en Rusia a partir de junio de 1914. Yuri Sletzkine y sus obras históricas son un ejemplo.

En general y en resumen caracterizador, cabe decir que la primera y más decisiva aportación de esta literatura postbélica fue la de la reflexión sobre el pasado bélico, la de la memoria concienciadora del estrago que el asesinato de Sarajevo desencadenó en la trinchera: E. Jünger, C. Salsa o H. Barbusse son profetas retrospectivos, anunciadores del cataclismo que se cernía sobre Europa a partir de una paz que no fue tal. Ni siquiera las paráfrasis fílmicas de muchas de estas obras sirvieron de profético aviso a las generaciones a las que Versalles situó existencialmente en el odio. Y obligado resulta añadir que pronto surgió la crítica de la crítica bélica: en 1929, Jean Norton Cru, él mismo combatiente, ponía bajo la lupa del análisis documental la memoria de los combatientes expresada en más de dos centenares de obras francesas: *Essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 à 1928*. Materia para leer.

1.5. Conclusión

Desde siempre la guerra fue un aliciente para la creación literaria: Desde Homero a Tolstoi, la guerra provocó múltiples relatos épicos en los que la exaltación heroica o nacional era tónica de los mismos. Incluso Goethe en su *Campaña de Francia* hace alarde de belicismo. Como máximo ejemplo de esta entusiástica exaltación de lo cruento puede hacerse valer la segunda parte del *Cantar de los Nibelungos*, donde un desconocido vate de la Alemania meridional parece establecer una ecuación entre los cruento y lo heroico. La vívida descripción de la contienda final entre burgundios y hunos en el palacio de Atila que inundaba de sangre las gradas del palacio del huno, convertía a los contendientes en héroes inmortales. No así en la literatura que arranca a impulsos de la Gran Guerra: la escritura se hace testimonio de estúpida crueldad, documento de repulsa, y la exaltación va dando paso sobre todo a la denuncia de la inhumanidad que supone la guerra. Lo letal mecánico e impersonal del nuevo armamento diluye lo heroico: el caudillo se hace un funcionario de despacho y el guerrero en soldado al servicio de una máquina letal. Muchos de los testimonios antibelicistas parecen una paráfrasis del «no matarás». Por eso, en esta escritura, lo epopéyico desaparece ante el relato autobiográfico y la crónica periodística, especies literarias las más fecundas de la nueva literatura épica de Guerra y posguerra. No es una literatura que responda al t*érmino con* el que Calvo Serraller ha caracterizado la cultura de entreguerras cuando escribe (1998, p. 13):

on pouvait s'envoyer une famille entière pendant une heure ou deux. J'aurais aimé vadrouiller de sexe en sexe, mais force me fut de me décider à rechercher un endroit où on me donnerait du boulot.

> Considero esencial un término que se puso entonces de moda, el de evasión [...] evadirse de la realidad parecía, en efecto, la consigna, interpretada de las formas más diversas. En todas ellas existe, sin embargo, un afán común de huida: emigración, extraterritorialidad, diversión, aventura, imaginación...

Verdad es que en las obras de Proust o de Joyce hay mucho de experimento y que éste es un factor innegable, más que de reflexión, de evasión o de curiosidad. Pero junto a esta literatura ejercida en la torre de marfil autorial, surge otra que impone cánones realistas, miméticos que, aunque de escasa eficacia social, ensayan una toma de nueva conciencia ante el grado de brutalización al que ha llegado una sociedad, no en último lugar a impulsos de una capacidad técnica que ponía el conocimiento al margen de la moral. Esa técnica, derivada en último término del invento del científico sueco que hoy en día pasa por mente ilustrada, Alfred Nobel, venía a sancionar como norma de coexistencia aquel principio del clásico que el *Leviathan* de Hobbes había reutilizado para describir el estado de la sociedad humana: *homo homini lupus*. En efecto, la guerra producía la demonización del semejante, al que ponía en modo enemigo. La razón de estado, el poder o, mejor, el que lo detentaba se constituyeron en el lobo predador de lo humano. Cuando el zar Nicolás II, desde sus palacios, de verano o invierno, declaraba y regía la guerra a los Imperios Centrales, ¿era consciente de que tenía poder, pero no derecho sobre las vidas de los cuatro millones de rusos que morirían por una cuestión de prestigio nacional? Cuando el «tigre» Clemenceau establecía las duras condiciones de paz a los alemanes, ¿no pensó que la victoria no le daba derecho a reducir a la miseria a millones de alemanes que más tarde se tomarían la revancha? La escritura que surge de la Gran Guerra invita a la reflexión sobre la monstruosidad que puede adquirir el poder, y constituye una cámara de los horrores que nadie visita con gusto, pues, al contrario de lo que sucede en las de feria, no tiene final feliz. Por lo demás, no es fácilmente comprensible que, mientras unos denunciaban en sus escritos la brutalización de la sociedad, otros (o los mismos en otra situación: Barbusse, por ejemplo) propusieran la esclavitud, el sometimiento del individuo al «común», al colectivo, llamárase partido, estado o sindicato. Es una consideración fuera del tiempo, pero oportuna: de no haber existido Lenin y su revolución, ¿habría existido Hitler y su Reich?

1.6. Selección de la bibliografía mencionada

(Mencionamos la versión española cuando existe)

AUDOUIN-ROUZEAU, C. Prochasson, *Sortir de la grande guerre. Le monde et l' apres-1918*. Taillandier, París, 2008.

BARBUSSE, H., *Stalin, un mundo nuevo visto a través de un hombre*. Editorial Cénit, Madrid, 1935.

BARBUSSE, H., *El fuego. Diario de una escuadra.* Cenit, Madrid, 1930.

CELINE, L.F., *Voyage au bout de la nuit*. Gallimard, París, 1955. Versión española, Viaje al fin de la noche, en Edhasa.

CALVO SERRALLER, F., «Una cultura de desolación y combate» en *Siglo* XX. *La cultura de entreguerras.* Madrid, Historia 16, 1998.

CRU, J. C., *Essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 à 1928*. Nancy, Presses Univesitaires de Nancy, 1993. Editado por primera vez en 1933.
DORGELES, R., *Les croix de bois.* Albin Michel, París, 1919.
FRESCURA, A., *Diario di un imboscato*. Mursia, Milán, 1981.
GADDA, C., *Giornale di guerra e di prigionia.* Garzanti, Milán, 1999.
GIBELLI, A., *La guerra grande. Storie de gente comune*. Laterza, Bari, 2014.
GIL PECHARROMÁN, J., «La debilidad de la democracia» en *Siglo* XX. *La Europa de las dictaduras.* Historia 16. Madrid, 1997.
GIONO, J., *Lettres de la Grande Guerre, 1915—1919.* ADAJG, Manosque, 2015.
HEMINGWAY, E., *Adiós a las armas*. Caralt, Barcelona, 1955.
HORVATH, Ö., *El divorcio de Fígaro*. Cátedra, Madrid, 2007.
ISNENGHI, Mario: *Il mito de la grande guerra*. Il mulino, Bologna, 1970. 395 pgs.
JÜNGER, E., *Tempestades de acero*. Tusquets, Barcelona, 2005.
MACMILLAN, M., *Die Friedensmacher*. Ullstein, Berlin, 2011.
MALAPARTE, C., *Viva Caporetto*. *La rivolta dei santi maledetti.* Mondadori, Milano, 1981.
PASTERNAK, B., *Doctor Zhivago.* Barcelona, Anagrama, 1997.
SALOMON, E. von, *Die Geächteten.* Rowohlt, Berlín, 1930.
SALSA, C., *Trincee. Confidenze di un fante.* Sonsogno, Milán.
SCHNITZLER, A., *Y algún día llegará la paz.* En Schnitzler, *La ronda, Aforismos, Ensayos.* Cátedra, Madrid, 2004.
SPITZER, L. *Lettere de prisionieri italiani di guerra 1915-1918.* Il Saggiatore, Milano, 2016.
VERCEL, R., *El capitán Conan.* Tartessos, Sevilla, 1943.
WERFEL, Fr., *Los cuarenta días del Musa Dagh.* Migura, Jose Jané, Barcelona, 1955.
ZWEIG, S., *El mundo de ayer.* Juventud, Barcelona, 1977.

1.7. Anexo. Breve antología temática de la literatura (pos)bélica

1 La movilización

SHOLOJOV

1928



1955



Unos cuatro días después, los vagones rojos de los convoyes de tropas transportaban los regimientos y las baterías de cosacos hacia las fronteras ruso—austriacas. «Guerra…» El mismo tipo de conversación en los carros, la mayoría de las canciones de este tipo: El Don despierto y conmovedor, el silencioso y cristiano Don, en obediencia a la llamada, la llamada del Monarca, seguía fluyendo.

2. El frente y las trincheras

REMARQUE

1929





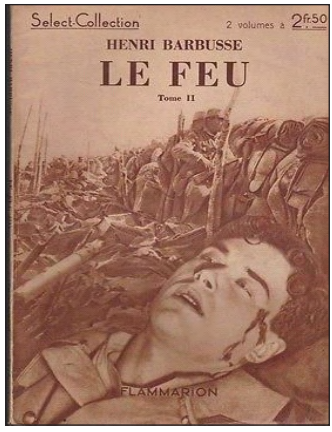


[…] destruido por la guerra a pesar de haber escapado a la metralla…

Volvimos por la noche y nos acostamos en seguida para poder, por fin, descabezar un buen sueño; Kat tiene razón; al fin y al cabo no sería tan desagradable la guerra si pudiésemos dormir un poco más. En primera línea casi no nos es posible y los turnos de quince días se hacen muy largos.

BARBUSSE

1916



Hay largas zanjas en celosía donde se acumulan los residuos de la noche. Es la trinchera. El fondo está cubierto con una capa viscosa de la que a cada paso el pie se desprende con ruido; debido a los orines de la noche huele mal alrededor de cada refugio.

JÜNGER

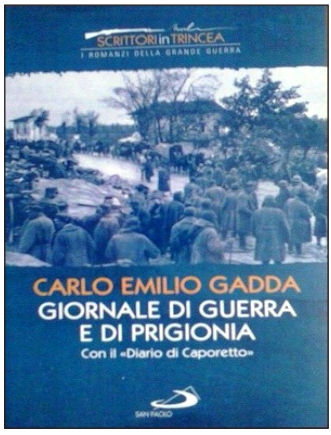
1920



Creí que había sido alcanzado por un terrón de tierra. Pronto el calor de la sangre que fluía en abundancia me hizo ver que estaba herido. Más tarde se pudo comprobar que un afiladísimo fragmento de metralla me había producido una herida en la carne después de que mi portamonedas hubiera amortiguado su violencia.

GADDA

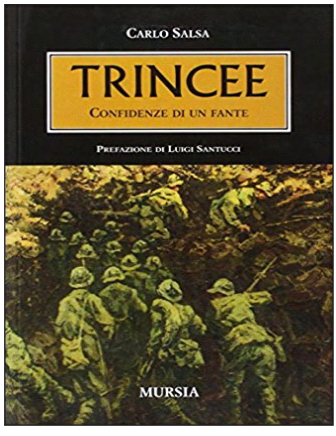
1955



13 de noviembre. El hambre continúa, terrible; ayer en la cena dos patatas hervidas; hoy, un poco mejor, a mediodía, un cucharón de sopa y rape, un cucharón de sopa y trocitos de merluza maloliente.

SALSA

1924



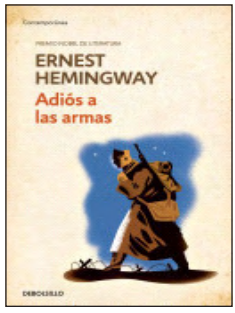
—¿Cuántos soldados tenían en la línea?, pregunté.

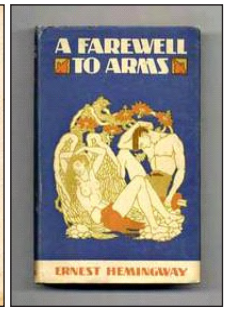
—Hace ocho días, cuando hemos subido, eran veintinueve. Esta noche serán diez como máximo. Y ni siquiera hemos atacado, por supuesto: de lo contrario, no habrían durado dos horas. Ocupamos una línea de unos cincuenta metros [...] hice una descubierta a lo largo de mi frente: cada diez muertos había dos soldados heridos, dos con los pies congelados, uno válido con el fusil inutilizado por el óxido y el barro. La primera línea, querido, es casi todo esto en el San Michele.

3. La guerra en la retaguardia

HEMINGWAY

1929





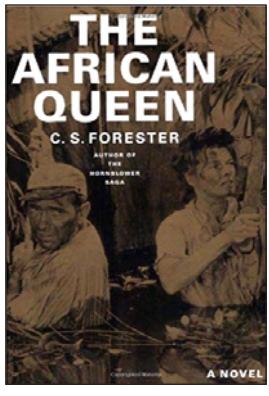


Los habitantes continuaban en ella. Había hospitales y cafés, artillería en las calles apartadas, y dos prostíbulos: uno para la tropa y otro para los oficiales. Al final del verano, las noches frescas, los combates en las montañas de detrás de la ciudad, el puente del ferrocarril, destruido por las granadas, el derrumbado túnel al lado del río; en donde hasta hacía poco se había combatido, los árboles alrededor de la plaza, la extensa avenida de árboles que conducía a ella, todo esto, sin hablar de las mujeres de la ciudad, del rey que pasaba en automóvil [...] la visión imprevista del interior de las casas a las cuales el bombardeo había dejado sin una de sus paredes...la guerra también había cambiado.

4. La guerra en las colonias

FORESTER

1935





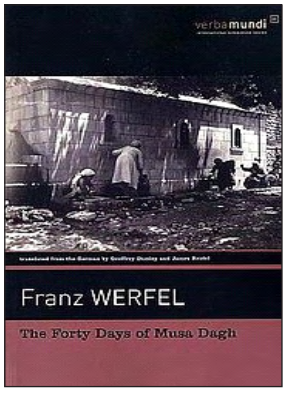
Difícilmente podría decirse que la misión a la que habían entregado sus vidas existía, ahora que von Hanneken y sus tropas habían bajado al lugar y habían llevado toda la aldea, tanto a los convertidos como a paganos, para ser soldados o porteadores en la Ejército de África Central alemana, que él estaba reuniendo. Ganado y aves de corral, ollas, sartenes y alimentos, todo había sido requisado, incluso la capilla portátil, dejando en pie solo el bungalow de la misión al borde

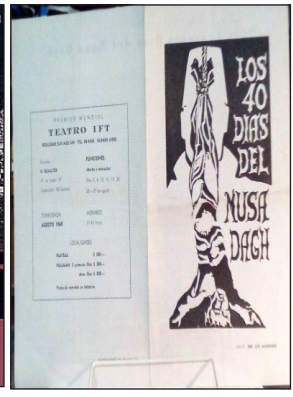
del claro desierto. Así que la debilidad se desvaneció de la voz de Samuel cuando oró para que la terrible calamidad de la guerra que había descendido sobre el mundo pronto desapareciera.

5. Guerra y minorías: los armenios

WERFEL

1938





Mientras todavía están en alta mar, las declaraciones de guerra de los estados se suceden una tras otra. Al entrar en el muelle de desembarco de Beirut, comenzaban las primeras batallas en Bélgica, los Balcanes y Galicia. Regresar a Francia está fuera de discusión…, están atrapados. Los periódicos informan que la Sublime Puerta se unirá a la Liga de Potencias Centrales. París se ha convertido en país enemigo. El propósito definitivo del viaje ha fallado.

6. La guerra desde el hospital o el campo de prisioneros

HERTMANS

1916/2018





Al cabo de diez días mi pierna vuelve lentamente a la vida, lo cual parece sorprender incluso al terapeuta, que admite haber llegado a pensar que los músculos estaban demasiado dañados para recuperarse. Todavía pasa una semana entera hasta que puedo ponerme en pie junto a la cama.

REMARQUE

En ningún caso voy a dejar que me cloroformicen. Aunque tenga que romper la cabeza a esos tipos [...] La cosa va bien. El médico hurga en la herida de tal manera que me hace ver las estrellas. «No sea cobardica», grita él [...] Llega un nuevo transporte. A nuestra sala le corresponde dos ciegos. Uno de ellos es un músico jovencísimo. Las enfermeras no tienen cuchillo a la hora de darle la comida. Él ha arrebatado uno. A pesar del cuidado sucede algo.

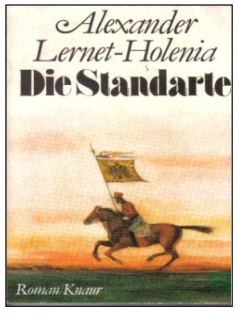
D' ANNUNZIO

De espaldas a la pared gris, los soldados de infantería sentenciados al fusilamiento [...] Sois agricultores. Os reconozco en las manos. Os reconozco en la manera cómo mantenéis los pies en el suelo. No quiero saber si sois inocentes, si sois culpables. Sé que fuisteis valientes, que fuisteis constantes. La legión tebana, la sagrada legión tebana, fue diezmada dos veces. ¿Expiáis la culpa? ¿O expiáis la patria contaminada? [...] El dios de Italia os rearma y os mira.

7. La derrota y la ¿paz?

LERNET HOLENIA

1938



1977



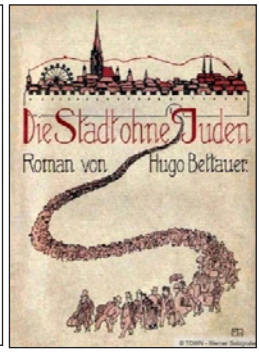
Nadie me detuvo. Subí la gran escalera y entré a la antecámara de los jardines, no había nadie, abrí la puerta a los siguientes dos salones, eran salas de audiencia, todo estaba iluminado, pero no era nadie [...] Era como si los cascos y los uniformes, las insignias de rango y las águilas imperiales en las escarapelas dejaran caer a los hombres, y los caballos y las monturas desaparecieran en el aire, dejando nada más que un par de cientos de polacos desnudos, rumanos y campesinos rutenos, que estaban hartos de ayudar a soportar la carga de responsabilidad por el destino del mundo bajo el cetro de la raza alemana.

8. Tras la paz, la distopía. Una pesadilla profética: el holocausto

BETTAUER



1922





1924

Como ustedes saben, la ley de expulsión no solo se refiere a judíos y judíos bautizados, sino también a los descendientes de judíos. Como tales se considerarán también los hijos de matrimonios mixtos. Así, por ejemplo, si una cristiana de ascendencia puramente aria se ha casado con un judío, la ley de expulsión se le aplicará a este y a la descendencia del matrimonio, mientras que a la mujer se le concede el derecho de permanecer en Austria. Si un cristiano desposa una judía, los descendientes se verán afectados por la ley de la expulsión, los nietos, sin embargo, en el supuesto de que de nuevo no se hayan mezclado con judíos, podrán permanecer en el país.

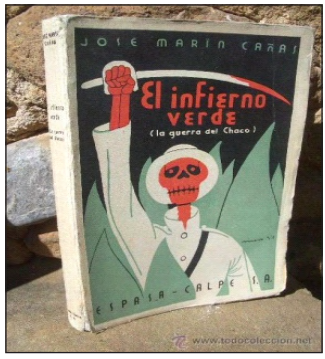
CHURCHILL

No es necesario exagerar el papel que ha desempeñado en la creación del bolchevismo y en el actual desarrollo de la Revolución Rusa por esos internacionalistas judíos, mayormente ateos. Su papel es muy grande y probablemente supera a todos los demás. Es más, su principal inspiración y poder conductor viene de los líderes judíos [...] En las instituciones Soviéticas el predominio de los judíos es todavía más asombrosa. Y la parte más importante del sistema de terrorismo empleado por las Comisiones extraordinarias para combatir la contrarrevolución has sido controlado por judíos, y en muchos casos muy notables, por judías.

9. Guerra y medio ambiente

MARÍN CAÑAS

1934

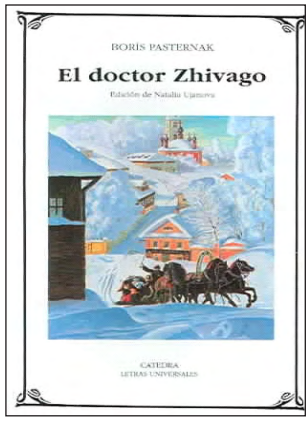


Se oye el ruido del animal que avanza doblando las espinas, pisoteando las hierbas, hundiéndose en los fangales… Ha saltado de la sombra y atraviesa el claro arcilloso y despejado… Es un caballo loco, con las crines erizadas, con las ancas tendidas por la huida. Salta y relincha, tenebrosamente, desgarradamente, en un clamor más de la selva…, el caballo tuerce su dolor y se hunde en el matorral, pisándose las tripas, sangrantes, abierto el vientre por el que se le escapa la vida. El relincho se aleja, se aleja.

10. La (imposible) «vida retirada» y el amor en tiempos de guerra

PASTERNAK

1957

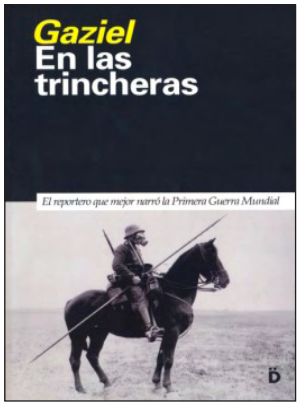


Creo que Tonia está encinta. Se lo he dicho. No comparte mi opinión, pero estoy seguro. Incluso antes de que aparezcan los síntomas menos dudosos no puedo equivocarme sobre los que precede, aunque sean menos evidentes. El rostro de la mujer cambia. No se puede decir que se afee, pero su aspecto, antes interiormente dominado y estudiado, escapa a su control.

11. La guerra desde la neutralidad (España)

GAZIEL

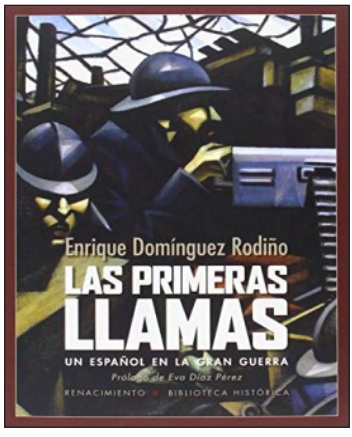
1916



Nacimos en las postrimerías de una fase de la humanidad; no sabemos en qué sentido, cómo ni cuándo se plasmará la era nueva; y mientras tanto, nos sentimos zarandeados por el misterioso torbellino creador que va destruyendo implacablemente muchas cosas de ayer, sin darnos todavía un vislumbre de lo que será el mañana [...] El año 1914 marcó la campanada solemne de la fatalidad... La guerra mundial señaló el paso al siglo XX... Si antes de 1914 nuestro viejo continente olía a casa de huéspedes, aburguesada y formal, con mesa abundante, habitaciones confortables y cocina excelente, hoy, en cambio, Europa está oliendo a barbarie—, a barbarie moderna.

DOMÍNGUEZ RODIÑO

1914



Los acontecimientos se han precipitado de tal modo que, en un abrir y cerrar de ojos, sin apenas darse cuenta de ello, hase visto estallar el conflicto. Los ojos están asombrados, la inteligencia confusa, el corazón dolorido. Henos aquí ante la catástrofe más grande que registra la historia.

VALLE INCLÁN

1916



Cuando los soldados de Francia vuelvan a sus pueblos, y los ciegos vayan por las veredas con sus lazarillos, y los que no tienen piernas pidan limosna a la puerta de las iglesias, y los mancos corran de una parte a otra con alegre oficio de terceros; cuando en el fondo de los hogares se nombre a los muertos y se rece por ellos, cada boca tendrá un relato distinto, y serán cientos de miles los relatos, expresión de otras tantas visiones, que al cabo habrán de resumirse en una visión.

BLASCO IBÁÑEZ

1919



Por entre medio de estas incoherencias respiraba y salía a la luz la única verdad alemana, el pensamiento inculcado en todos los cerebros germánicos desde hace cincuenta años; pensamiento que inculca el maestro en la escuela primaria y que después desarrolla y afirman periódicos, universidades y cuarteles. La guerra era precisa para que las aspiraciones alemanas se cumpliesen.

Este conflicto casi mundial es indiscutiblemente la obra de Guillermo II y del pangermanismo. El imperio alemán que se había preparado en silencio durante veinticinco años para realizar sus monstruosas intenciones creyó llegado el momento favorable en julio de 1914.

12. La culpabilidad de la guerra

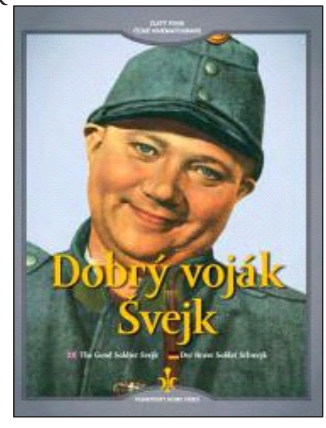
SCHNITZLER 1916

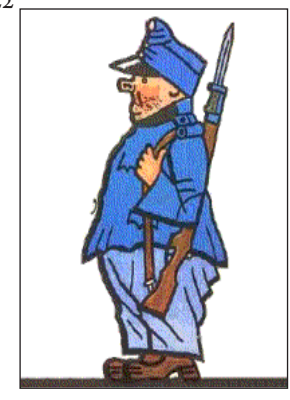


Naturalmente Alemania y Austria se habían armado para la guerra, pero solo para una guerra defensiva. Que Francia, Rusia e Inglaterra han preparado el ataque no lo podrá negar nadie, pues de ello existen documentos de diversa índole… parece ser que tanto rumanos como italianos, por ejemplo, habrían podido intervenir en la contienda en un sentido o en otro…; parece ser que solo la discreción, la arbitrariedad o, en el mejor de los casos, las convicciones de un solo individuo al que se le ha concedido el poder, han sido los factores determinantes en la postura de cada uno de los pueblos. Incluso las repúblicas son gobernadas con sentido absolutista.

13. La guerra desde la paz y la ironía (a destiempo)

HASEK 1922





Algunos revólveres, señora Müllerová, no disparan aunque se vuelva uno loco. Los hay de muchos sistemas. Pero al señor archiduque le compraron algo mejor, y

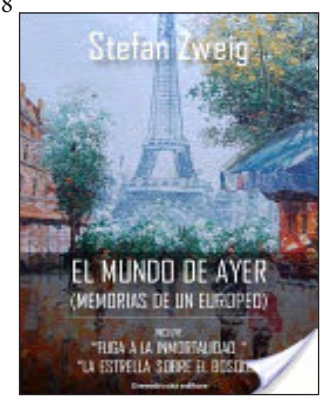
apostaría, señora Müllerová, a que el hombre que lo hizo se vistió bien para ello. Ya sabe usted: matar a un archiduque es un trabajo muy difícil; no es como cuando un cazador furtivo le dispara a un guardabosque. Se trata de cómo llegar hasta él, y uno no puede ir harapiento. Para acercarse a un señor así hay que llevar sombrero de copa para que a uno no se lo lleve antes la policía.

14. Tras la guerra, añoranzas del buen tiempo pasado, ilusiones fallidas y temor al futuro

ZWEIG

1938



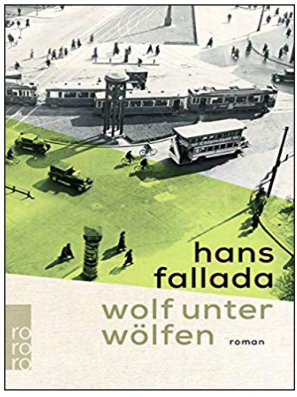


Cuarenta años de paz han fortalecido el organismo económico de los países, la técnica ha movido el ritmo de la vida, los descubrimientos científicos han hecho que el espíritu de esa generación se enorgulleciera; Comenzó un levantamiento que fue casi parejo en todos los países de nuestra Europa. Las ciudades se volvieron más hermosas y más pobladas de un año a otro, el Berlín de 1905 ya no se parecía a lo que yo había conocido en 1901, la ciudad real se había convertido en una ciudad cosmopolita y otra vez estaba muy anticuada en el Berlín de 1910. Viena, Milán, París Londres, Ámsterdam: cada vez que regresabas te sentías asombrado y feliz; Las calles se hicieron más anchas y espléndidas, los edificios públicos más potentes, las tiendas más lujosas y de buen gusto.

15. Tras la guerra, la inflación

FALLADA

1930



Estamos en Berlín, Georgenkirchstrasse, tercer patio, cuarta escalera, julio de 1923. Un dólar vale en este momento, a la 06.00 de la mañana, 414.000 marcos.

16. La paz como «apocálipsis» (revelación) de la guerra

KRAUS

1920

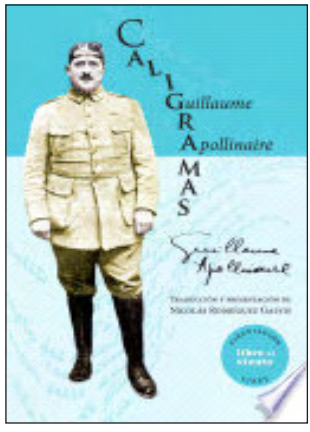


Un soldado moribundo, gritando
Capitán, llévame ante el consejo de guerra
Pues no quiero morir por ningún emperador.
Capitán, ¡verdugo del emperador!
Cuando esté muerto, ¡no saludaré!
Cuando viva con el Señor,
El trono del emperador quedará debajo,
¡Y solo despreciaré su orden!
¿Dónde estará mi aldea?
Donde esté jugando mi hijo.

Cuando me duerma en el Señor,
Llegará mi última carta por correo de campaña.
Llamó, llamó, llamó y llamó!
¡Oh, qué profundo es mi amor!
Capitán, estabas loco
Cuando me enviaste aquí.
En el fuego se quema mi corazón.
¡No muero por ninguna patria!

APOLLINAIRE

1919



El 31 del mes de agosto de 1914
Partí de Deauville poco antes de la medianoche
En el cochecito de Rouveyre

Éramos tres contando a su chofer

Dijimos adiós a toda una época
Furiosos gigantes se erguían sobre Europa
Las águilas esperando el sol abandonaban su nido
Los peces voraces ascendían desde los abismos
Los pueblos acudían para conocerse del todo
Los muertos temblaban de miedo en sus moradas sombrías

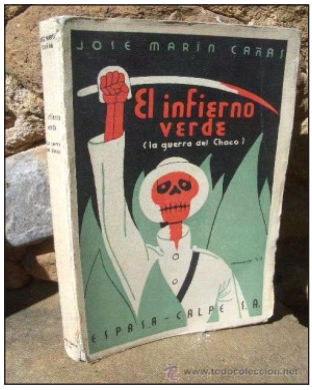
Los perros ladraban hacia allá donde estaban las fronteras[…]

Y tras haber pasado la tarde
Por Fontainebleau
Llegamos a París
En el momento en el que anunciaban la movilización
Mi camarada y yo entendimos
Que el cochecito nos había conducido a una época nueva
Y aunque los dos ya fuéramos hombres maduros
No obstante acabábamos de nacer.

17. Las guerras de entreguerra: los Balcanes, el Chaco, los Cristeros...

MARÍN CAÑAS

1935





—¿Es verdad lo que me han dicho? ¿Tomaron el fortín? ¡A la guerra! ¡Hay que ir a la guerra!

—Aquella agua tiene la maldición de la selva. Está paralizada, el suelo no la chupa y el declive no la arroja. Es un agua sin alegría, blancuzca, lechosa… Ezcarru se hundió al pasar.

—El coro de lamentaciones gira alrededor del sitio en donde la columna duerme: aullidos lejanos, gritos rotos, desgarrados alaridos de garganta que se asfixia, estertores de la selva que se retuerce presa de una maldición y de un horror.

—El bombardeo lo hacen desde los matorrales con cañones rápidos. Es una lluvia incesante de muerte que barre y destroza todo.

JUAN RULFO

1950



—Allá se ha hecho la paz. Andamos sueltos.
—Espera. No desarmes a tu gente. Esto no puede durar mucho.
—Se ha levantado en armas el padre Rentería.
¿Nos vamos con él o contra él?
—Eso ni se discute. Ponte al lado del gobierno.
—¡Pero si somos irregulares! Nos consideran rebeldes.
—Entonces vete a descansar.
—¿Con el vuelo que llevo?
—Haz lo que quieras, entonces.
—Me iré a reforzar al padrecito. Me gusta como gritan. Además lleva uno ganada la salvación.
—Haz lo que quieras.